El Testamento Político de Hitler

NOTAS RECOGIDAS POR MARTIN BORMANN

PREFACIO DE
H. R. TREVOR-ROPER

COMENTARIOS DE
ANDRÉ FRANÇOIS-PONCET
DE LA ACADEMIA FRANCESA

Kanzlei des Führers
der NSDAP.

Letzter Wille!

El testamento político de Hitler

NOTAS RECOGIDAS POR MARTIN BORMANN

PRESENTACION

François Genoud

PRESENTACION

Un documento, conocido con el nombre de Bormann Vermerke (Apuntes Bormann), ha sido publicado en diversos países en el curso de los años 1952 y 1953; por lo que toca a Francia; apareció en dos grandes volúmenes y bajo el título *Conversaciones Libres sobre la Guerra y la Paz* (Flammarion, éd.). En este documento se consignan las conversaciones sostenidas por Adolfo Hitler, del 5 de julio de 1941 al 30 de noviembre de 1944, transcritas a lo vivo por colaboradores de Martin Bormann, y releídas, anotadas y clasificadas por éste. Estas notas son, por decirlo así, cotidianas hasta ad 7 de septiembre de 1942. Después se convierten en poco numerosas y muy espaciadas. Sabemos que Bormann le otorgaba una importancia considerable a este documento, al cual juzgaba "de interés capital para lo porvenir". ' 1. Apuntes Bormann.

Las páginas que presentamos, descubiertas recientemente, forman parte de los Bormann Vermerke. Se refieren a un periodo corto, pero son de un interés excepcional. Desgraciadamente, se limitan a dieciocho notas (de las cuales diecisiete se escalonan del 4 al 26 de febrero de 1945, con cierta regularidad, y la décima octava lleva por fecha la del 2 de abril de 1945). La particularidad común a todas es la de haber sido transcritas por el mismo Bormann, cosa que él no hubiera hecho sino a título fortuito en el curso de los años precedentes. Por una parte, las condiciones de vida en él sótano de la Cancillería no se prestaban, por cierto, para una colaboración de transcriptores subalternos. Considerados los temas que se abordaron, resulta muy verosímil, por otra parte, que el Führer hablara en aquellos momentos sólo enfrente de rarísimos privilegiados y, acaso, hasta en la presencia sólo de Bormann. Eso explicaría el que Bormann haya sido el único transcriptor de estas últimas conversaciones. No hemos de olvidar, en efecto, que algunas semanas más tarde Hitler hacía de él su sucesor a la cabeza del Partido, y su ejecutor testamentario. Quizás pudiéramos llegar hasta concebir qué Bormann haya tomado por su propia cuenta la iniciativa de conservarle a la posteridad estos últimos pensamientos del Führer sobre los acontecimientos, sobre el estado del mundo apenas a unas cuantas semanas del fin y sobre el porvenir de Alemania. Sin embargo, es muy probable que Bormann las haya anotado a petición del Führer, porque nos parece bien que se trasluzca en estas notas, desgraciadamente demasiado raras, el designio determinado de dar a conocer un pensamiento afirmado con toda claridad sobre algunos asuntos que permanecían, hasta entonces, en la reserva más absoluta. Aquí se trata, visiblemente, de asumir ciertas posiciones que el Führer se abstenía de dar a conocer sistemáticamente en el curso de algunos meses anteriores; digamos mejor algunas se- manas, por fidelidad formal a determinadas convicciones acaso, o también por voluntad de perpetuar en su círculo íntimo e inmediato la creencia en ciertos mitos.

Sea como fuere, siempre resultará que, al darle a estos textos el título de *Testamento Político*, se le aplica el título que les conviene y que Hitler, implícitamente, debiera haberles dado: Nuestra convicción personal es que el Führer y Bormann, obrando como

lo han hecho, han proclamado claramente sus deseos de entregar, in extremis, un mensaje para el caso de una derrota que ambos debían prever necesariamente en el curso de estas últimas semanas, por más que rehusasen a darse por enterados de ella enfrente de terceras personas. Es sumamente cierto que cara a cara con Bormann, su último confidente y el más íntimo, el Führer podía expresarse con libertad completa. En todo caso, un rasgo que nos llama la atención, cuando comparamos estas notas postreras con las de los años anteriores, es que incluyen menos encrucijadas y menos digresiones; es decir, van de manera más recta por su camino. Por cuanto a la eventualidad de una derrota sin remedio, Bormann se convierte en eco de tal cosa en una carta dirigida a su esposa el 4 de febrero de 1945: "A ti te puedo decir cuán poco estimulante es nuestra situación; con toda honradez, me parece desesperada". Ahora bien, nadie duda de que Bormann siempre ha reflejado el pensamiento del je f e al cual se había entregado en cuerpo y alma.

Según lo que se ha podido saber, Bormann se instaló, para permanecer en el sótano de la Cancillería, en los alrededores del 2 de febrero de 1945, y desde entonces se le asignó allí una alcoba. No es, pues, de asombrar, que la primera de las dieciocho notas que forman el contenido de esta obra tenga por fecha la del 4 de febrero. ¿Por qué se detiene el 26 de febrero? ¿Por qué esta interrupción de treinta y cinco días entre la decimoséptima y la decimoctava? ¿Por qué, después de este largo silencio, esta nota sola y única de fecha del 2 de abril. . . y luego nada?

No hemos hallado explicación decisiva respecto a esta interrupción. La atención de los negocios cotidianos, la situación que se agrava con rapidez, el sentimiento que acaso abrigó Bormann de que el Führer acababa de entregarle lo esencial de su pensamiento sobre todos los temas de interés capital,. ¿por cuál decidirnos? También es posible concebir que Bormann, sorprendido por los acontecimientos de los últimos días, no haya contado con oportunidad para poner al abrigo cualesquier otras notas que hubiese tomado. Hay lugar para suponer que estas preguntas nunca conocerán respuesta de ninguna clase.

François Genoud

1945

1. 4 de febrero
2. 6 de febrero
3. 7 de febrero
4. 10 de febrero
5. 13 de febrero
6. 14 de febrero
7. 15 de febrero
8. 15 de febrero
9. 15 de febrero
10. 17 de febrero
11. 18 de febrero
12. 20 de febrero
13. 21 de febrero
14. 24 de febrero
15. 25 de febrero
16. 26 de febrero
17. 26 de febrero
18. 2 de abril

1

Pitt y Churchill - Pitt prepara la grandeza del Imperio, Churchill cava su tumba - Europa ha perdido su primacía - La Gran Bretaña debió aceptar una paz blanca - El Tercer Reich establa condenado a provocar la guerra - La desdicha y la adversidad, origen de grandes levantamientos

Cuartel General del Führer,
4 de febrero de 1945

Churchill se toma a sí mismo por Pitt. ¿Vaya error el suyo! Pitt tenía treinta y cuatro años en 1793. Churchill, por desgracia, es un anciano apenas lo suficientemente bueno para ejecutar las consignas del demente de Roosevelt.

En primer lugar, las situaciones no son comparables de ninguna manera. Es preciso volverse a colocar , en las condiciones de la época. Pitt poseía toda la razón desde el punto de vista de Inglaterra, para no transigir con Napoleón. Al obstinarse como lo hizo, en condiciones imposibles, Pitt conservaba las probabilidades que tenía su país de representar el papel que fue el suyo en el siglo XIX. Era una política de vida. Al negarse a celebrar un entendimiento conmigo, Churchill ha arrastrado a su país a una política de suicidio. Ha cometido el mismo error que cometen los generales que dirigen una guerra según las normas de la guerra anterior. En esto se trata de esquemas que no podrían ponerse unos encima de los otros. El hecho nuevo lo representa la existencia de esos gigantes que son los Estados Unidos y Rusia. La Inglaterra de Pitt aseguraba el equilibrio mundial, frustrando toda hegemonía en Europa, impidiendo, pues, que Napoleón realizara sus fines. La Inglaterra de Churchill, por el contrario, debería permitir la unificación de Europa para mantener dicho equilibrio.

Por mi parte, me he esforzado por obrar, al principio de esta guerra, como si Churchill pudiera ser capaz de comprender esta gran política. Era capaz de comprenderla, en un momento de lucidez. Pero desde hacía demasiado tiempo se encontraba ligado con los judíos. Mi idea, al no ser demasiado duro con los ingleses, consistía en no crear la irreparable en el oeste. Más tarde, al atacar al este, al reventar el absceso comunista, he abrigado la esperanza de suscitar una reacción hacia el buen sentido de parte de los occidentales. Les proporcionaba la ocasión, sin participar en ella; de contribuir a una obra de salubridad, dejándonos a nosotros solos el cuidado de desintoxicar al occidente. Pero el odio que sienten esos hipócritas hacia un hombre de buena fe es más fuerte que su instinto de conservación. Había estimado muy por lo bajo la potencia de la dominación judía sobre los ingleses de Churchill. Prefieren, en efecto, hundirse en la decadencia, más bien que aceptar al nacional-socialismo. En todo rigor, hubiesen admitido un antisemitismo de fachada de parte nuestra. Pero nuestra voluntad inquebrantable de mirar a su base misma la potencia judía en el mundo, no, ¡no tienen un estómago lo bastante sólido como para digerir eso!

El genio de Pitt consiste en haber practicado una política realista, en funciones de datos y antecedentes del momento mismo; una política que ha permitido el impulso extraordinario de su país, y que le aseguró la supremacía mundial durante el curso de todo el siglo XIX. La copia servil de esa política, y eso sin tener en cuenta las circunstancias que no son ya las mismas, lo que ha hecho Churchill alcanza los límites de lo absurdo más completo. ¡Vaya si el mundo ha caminado desde el gran Pitt! Si los cambios fueron relativamente lentos durante un siglo, la primera guerra mundial los ha precipitado, acelerándolos, y la guerra actual nos ha conducido a plazos de vencimiento.

A principios del siglo xlx, desde el punto de vista de la potencia, la única que contaba era Europa. Los grandes imperios asiáticos habían caído en una somnolencia que se parecía al sueño de la muerte. El Nuevo Mundo apenas llegaba a ser una excrecencia de Europa, y nadie, razonablemente, podía prever el destino prodigioso de las trece colonias inglesas que acababan de emanciparse. ¡Trece! A mí, que no soy supersticioso, ¡eso me incitaría a serlo! ¡Ese Estado nuevo de cuatro millones de habitantes, que se engrandece desmesuradamente en el espacio de cien

años, para llegar a convertirse, a principios del siglo xx, en potencia mundial!

En el periodo decisivo que se sitúa entre 1930 y 1940, la situación se veta del todo distinta a lo que era en el tiempo de Pitt y Napoleón. Europa, exhausta por la gran guerra, había perdido su primacía; su papel director no se le reconocía ya. Todavía continuaba siendo uno de los centros de atracción dei planeta; pero iba perdiendo más y más su importancia - a medida que se aumentaba la potencia de los Estados Unidos de Norteamérica, la del coloso ruso-asiático, y, por fin, la del Imperio del Sol Naciente.

Si el destino le hubiese deparado a una Inglaterra envejecida y esclerótica un nuevo Pitt, en lugar de ese medio-americano borrachón y enjudaizado, ese nuevo Pitt hubiese de inmediato comprendido que la política tradicional de equilibrio de Inglaterra debería ejercitarse a otra escala, a escala mundial. En lugar de mantener, de suscitar y de excitar las diversas rivalidades en Europa, con el fin de que allí persistan las divisiones, Inglaterra, por lo contrario, debía dejar que se efectuara la unificación de Europa, ya que no la estimulara. Aliada a una Europa unida, la Gran Bretaña conservaba la posibilidad de representar un papel de árbitro en los negocios del mundo.

Todo pasa como si la Providencia hubiese querido castigar a Albión de los numerosos crímenes que ha cometido en el curso de su historia, los tales crímenes que han hecho su fuerza. La llegada de Churchill, en un periodo decisivo para Inglaterra y gata Europa, representa el castigo escogido par la Providencia. Era el hombre que necesitaba la *élite* degenerada de la Gran Bretaña. A ese Barnum senil fue a quien le tocó decidir lo que sería la suerte de un inmenso imperio, y al mismo tiempo la de Europa. Nos cabe el derecho de preguntarnos si el pueblo inglés.,. a través de la degeneración de sus *élites,* ha conservado las cualidades que justificaron su dominación sobre el universo. Yo lo dudo mucho, porque en dicha pueblo no se produjo ningún sobresalto, a lo que parece, para responder a los errores de sus jefes. Sin embargo, numerosísimas ocasiones se han presentado que le hubiesen permitido, a Inglaterra, lanzarse audazmente par un camina nuevo y fecundo.

Le hubiera sido posible, si lo hubiera querido, ponerle fin a la guerra a principios de 1941. Había afirmado su voluntad

de resistencia en los cielos de Londres; tenía anotadas en su activa las humillantes derrotas de los italianos en el África del Norte. La Inglaterra tradicional hubiese concertado la paz. Pero los judíos no lo bar tolerado. Sus hombres testaferros, los que obraban en su nombre, Churchill y Roosevelt, ¡ahí estaban para impedirla!

Y, sin embargo, esta paz hubiera permitido mantener a los Estados Unidos apartados de los negocios de Europa. asta, bajo la direccion del Reich, se hubiese unificada rápidamente; cosa muy fácil una vez eliminado el veneno judío. Francia e Italia, derrotadas cada una a su vez y a pocas meses de distancia, por las dos potencias germánicas, se hubieran visto bastante bien libradas, con poco costo. Una y otra hubiesen debido renunciar a una política de grandezas, para la que ya no había ocasión. Hubieran también renunciado, y por el mismo motivo, a sus pretensiones en el África del Norte y en el Cercano Oriente; lo cual le hubiese permitido a Europa iniciar una política audaz de amistad hacia los del Islam. Por cuanto a Inglaterra, desembarazada de sus preocupaciones europeas, podía consagrarse por entero a la salud de su Imperio. Alemania, por fin, con sus retaguardias muy bien resguardadas, podía arrojarse por completo a consumar lo que constituía su tarea esencial, la meta de mi vida y la razón de ser del nacional-socialismo: el aniquilamiento del bolchevismo. Eso llevaba consigo, como consecuencia, la conquista de grandes espacios al este, los que debían asegurar el porvenir del pueblo alemán.

Las leyes de la vida implican una lógica que no se confunde necesariamente con nuestra lógica. Nosotros estábamos dispuestos a compromisos, preparadas a lanzar nuestras fuerzas en la balanza para hacer que durase el Imperio británico. Y ello, a pesar de que el último de los hindúes, en el fondo, ene es mucho más simpático que no importa cuál de todos esos insulares arrogantes. Los alemanes se sentirán felices, más tarde, por no haber contribuido a la supervivencia de una realidad anticuada, que al mundo futuro le costaría mucho esfuerzo el perdonarles. Podemos profetizar, desde hoy, sea cual fuere el resultado final de esta guerra, el término del Imperio británico. Se encuentra herido de muerte. El porvenir del pueblo inglés es morirse de hambre y de tuberculosis en su isla maldita.

Ninguna relación entre la obstinación británica y la resistencia empecinada del Reich. Por principio de cuentas, Inglaterra tenía oportunidad de escoger; nada la constreñía a lanzarse a la guerra. No solamente se ha inmiscuido en ella, sino que la ha provocado. No hay necesidad de explicar que los polacos, si no hubiesen sido empujados por los ingleses y franceses belicosos, y éstos excitados por los judíos, no se hubieran sentido con la vocación del suicida. De todos modos, Inglaterra, aun después de haber cometido este error, podía todavía haber retirado su apuesta del juego, bien fuera después de la liquidación de Polonia, o después de la derrota de Francia. Tal cosa no hubiera, sin duda, sido muy honorable para ella; pero en ese dominio su amor propio no tiene demasiadas cosquillas. No necesitaba más que dejarles a sus ex-aliados toda la responsabilidad de su defección, como ella y Francia lo hicieron con Bélgica en mayo de 1940. Por otra parte, nosotros los hubiéramos ayudado a salvar las apariencias.

A principios de 1941, la Gran Bretaña podía, en mejores condiciones aún, después de sus éxitos en África y habiendo reafirmado su prestigio, retirarse del juego y celebrar una paz blanca con nosotros. ¿Por qué prefirió aceptar la ley de sus aliados judíos y norteamericanos, en realidad más voraces que sus peores adversarios? Porque Inglaterra no ha dirigido su propia guerra, ha hecho la guerra que le impusieron sus imlplacables aliados.

Pero Alemania no paseía el derecha de escoger. Desde que hubimos afirmado nuestra voluntad de reunir por fin a todos los alemanes en un gran Reich, asegurándole a éste las condiciones de una independencia verdadera, o dicho de otra manera, la posibilidad de vivir, todos nuestros enemigas juntos y de golpe se levantaron en centra nuestra. La guerra se convertía en inevitable por el solo hecho de que el medio de evitarla hubiera consistido, para nosotros, en traicionar los intereses fundamentales del pueblo alemán. Nosotros no nos podíamos contentar con que él tuviera apenas cierta apariencia de independencia. Eso es bueno para los suecos y para los suizos, que siempre se encuentran listos para hacer gárgaras con fórmulas huecas, con tal de que se llenen los bolsillos. La República de Weimar no pretendía otra cosa. ¡Mas he ahí una ambición que no le podía convenir al Tercer Reich!

Estábamos condenados a enfrascarnos en la guerra. Nuestra única preocupación consistía, pues; en escoger el instante menos desfavorable; y queda por dicho que, una vez comprometidos, ya no se podía pensar para nada en retroceder. Nuestros adversaríos no tan sólo detestan la doctrina nacional-socialista. Lo que le tienen a mal al nacional-socialismo es el haber permitido la exaltación de las cualidades del pueblo alemán. Desean; por lo tanto, la destrucción del pueblo alemán, y no hay ninguna mala comprensión a ese respecto. Par una vez, el odio se muestra más fuerte que la hipocresía. ¡Muchas gracias al adversario por el servicio que nos hace al exponernos con tanta claridad el fondo de su pensamiento!

A este odio total que nos sumerge, nosotros no podemos contestar más que con la guerra total. Supuesto clac luchamos para sobrevivir, luchamos con desesperación. Suceda lo que suceda, continuaremos hasta la muerte nuestro combate por la vida misma. Alemania saldrá de esta guerra más fuerte que nunca, e Inglaterra mucho más débil que nunca jamás.

La historia nos demuestra que, para Alemania, las desdichas y la adversidad constituyen, a menudo, el preludio indispensable a los grandes encumbramientos. Los sufrimientos del pueblo alemán en el curso de esta guerra, y él ha padecido incomparablemente más que no importa qué otro pueblo, son los mismos que le ayudarán, si la suerte se decide por nosotros, a coronar su victoria. Y en caso de (loe la Providencia lo abandonara, a pesar de sus sacrificios y de su empecinamiento, entonces es que lo habrá condenado a pruebas bastante más grandes para permitirle afirmar su derecho a la vida.

2

El último cuarto de hora - Voluntad de exterminar a Alemania - Leónidas y sus trescientos espartanos - Muerte milagrosa de la zarina Isabel - La victoria al bote-pronto -

La guerra ha comenzado el 30 de enero de 1933.

Cuartel General del Führer,
6 de febrero de 1945

Después de cincuenta y cuatro meses de una lucha gigantesca, llevada por una parte y por la otra con un encarnizamiento sin precedente, el pueblo alemán se encuentra solo enfrente de la coalición que pretende aniquilarlo.

Por todas partes, la guerra se desencadena con furia en nuestras mismas fronteras. Se aproxima más y más. El adversario ha reunido todas sus fuerzas con miras al asalto final. No se trata de vencernos; se busca aplastarnos por completo. Se trata de deservir nuestro Reich, de borrar nuestro *Weltanschauung,* de subyugar al pueblo alemán, para castigarlo por su fe nacional-socialista. Nos hallamos en el último cuarto de hora.

La situación es grave, muy grave. Parece desesperada. Pudiéramos ceder a la fatiga, al agotamiento; dejarnos ir hundiendo en el descorazonamiento; y hasta perder la noción de las debilidades de nuestros enemigos. Esas debilidades, sin embargo, existen. Tenemos enfrente de nosotros a una coalición disparatada, reunida por el odio y los celos, cimentada en el pavor pánico que les inspira a todos esos judaizantes la doctrina nacional-socialista. La única probabilidad que nos queda, a nosotros, enfrente de ese magma informe, consiste en depender de nosotros mismos. En oponer a ese conjunto heteróclito un gran cuerpo exangüe, pero homogéneo, animado por el valor que ninguna adversidad logrará desmoronar. Un pueblo que resiste como resiste el pueblo alemán, no podría consumirse en un brasero de esa índole. Por el contrario, en él se forja una alma más inquebrantable, más intrépida que nunca. Cualesquiera que puedan ser, en el curso de los días por venir, nuestros reveses, el pueblo alemán encontrará en ellos nuevas fuerzas, y suceda lo que pudiere suceder en el futuro inmediato, conocerá amaneceres gloriosos.

La voluntad de exterminio que lleva a esa jauría de perros al festín de los despojos obliga nuestra respuesta, nos indica

con claridad la vía que hemos de seguir, la única que nos queda. Debemos continuar la lucha con la rabia de la desesperación, sin volver el rostro atrás, siempre de frente al adversario, defendiendo paso a paso el suelo de la patria. De ese modo, mientras se siga luchando subsistirá la esperanza, y ello nos impide, pues, pensar en que los fuegos están arreglados de antemano. Y si, a pesar de toda, el destino quisiera que, en el curso de la historia, fuésemos una vez más aplastados por fuerzas superiores a las nuestras, que sea con la cabeza alta y con el sentimiento de que el honor del pueblo alemán ha permanecido sin mancha. Un combate desesperado lleva consigo, eternamente, un valor de ejemplo. ¡Que se acuerden de Leónidas y de sus trescientos espartanos! De todos modas, no cabe dentro de nuestro modo de ser el dejarnos degollar como corderas. Se nos exterminará, quizás, ¡pero sin llevarnos al matadero! '

No, no existe jamás situación desesperada. ¡Cuántas veces, en la historia del pueblo alemán, se han producido reversiones imprevistas! Federico II se encontró arrinconado, durante la guerra de los Siete Años, expuesto a los peores extremos. Durante el curso del invierno de 1762, había decidido que si no se producía ningún cambio antes de tal día fijado por él, se entregaría en brazos de la muerte por medio del veneno. Ahora bien, algunos días antes de ese plaza, la Zarina murió inopinadamente, y la situación cambió de manera milagrosa. Al igual del gran Federico, nos enfrentamos can una coalición. Pues bien, una coalición no constituye una realidad estable. Una coalición no existe más que por la voluntad de algunos hombres. Que desaparezca un Churchill, de repente, ¡y todo puede cambiar! La *élite* inglesa cobrará acaso conciencia del abismo que se abre ante ella; podría tender un sobresalto. ¡Esos ingleses, por los cuales hemos combatido indirectamente, y que serían los beneficiarios de nuestra victoria . . . !

Todavía podemos apoderarnos de la victoria al bote-pronto. i Ojalá se nos conceda el tiempo indispensable par a esa acción 1

Porque se trata simplemente de no morir. Para el pueblo alemán, sería una victoria el simple hecho de seguir viviendo en la independencia. Eso bastarla para justificar esta guerra, la cual no hubiera sido entonces una guerra

inútil. Por lo demás; ¡era ineluctable! : los adversarios de la Alemania nacional-socialista me la habían impuesto desde enero de 1933.

3

Las empresas coloniales agotan a los pueblos - Los nuevos mondas no son más que excrecencias del antiguo - Fracaso de los blancas - Materialismo, fanatismo, alcoholismo y sífilis - Hijos desnaturalizados - Una dirección única cara la expansión alemana: el este - Europa para los europeos - El rebastecimiento del Asia prolífica.

Cuartel General del Führer,
7 de febrero de1945

Un pueblo que desee prosperar debe permanecer ligado a su tierra. Un hombre no debe jamás perder contacto con el suelo sobre el cual tuvo el privilegio de nacer. Sólo habrá de alejarse temporariamente y siempre con la idea de volver a él. Los ingleses, que por necesidad fueron colonizadores y, además, grandes colonizadores, se han conformado a esta regla generalmente.

De todos modos, considero importante para los continentales no extenderse más que a condición de que se asegure la continuidad del suelo entre el país conquistador y las regiones conquistadas. Esta necesidad de estar arraigado es propia de los continentales, sobre todo, y pienso que constituye una verdad para los alemanes en particular. Eso explica, sin duda, el que nosotros no hayamos poseído realmente la vocación colonial. Que se tome la antigüedad o la historia moderna, resulta visible que las empresas allende los mares no han hecho más que

empobrecer a la larga a las naciones que se han dedicado a ellas. Todas se han desgastado en ellas. Todas, por una justa retribución de los acontecimientos, han acabado por sucumbir bajo el empuje de las fuerzas que habían suscitado o bien despertado. ¿Dónde hallar mejor ejemplo que el de los helenos?

Lo que es verdad para los griegos antiguos, también lo es para la época moderna y para los europeos. Es indudable que la concentración sobre uno mismo constituye para los pueblos una necesidad. Basta abarcar un periodo suficientemente amplio para descubrir en los hechos una confirmación de esta idea.

España, Francia e Inglaterra se han vuelto anémicas, desvitalizándose y vaciándose en sus empresas coloniales vanas. Los continentes a los que España e Inglaterra les dieron vida, que crearon pieza por pieza, han adquirido ahora una vida propia y resueltamente egoísta. Perdieron no sólo el recuerdo de sus orígenes, sino también su idioma. Sin embargo, son mundos fabricados a los cuales les falta una alma, una cultura, una civilización originales. Desde ese punto de vista., no vienen siendo otra cosa más que simples excrecencias. Se puede hablar del éxito de nuevas poblaciones en el caso de los continentes prácticamente inhabitados. Ello explica a los Estados Unidos de Norteamérica; ello explica a Australia. ¿Éxitos? Estamos de acuerdo. Pero únicamente sobre un plan material. Resultan construcciones artificiales, cuerpos sin edad, de los cuales se ignora si han sobrepasado la edad de la infancia o si han principiado a resentir la senilidad. En los continentes habitados, el fracaso fue todavía más notable. Allí los blancos no se han impuesto más que por la fuerza, y su acción sobre los habitantes fue casi nula. Los hindúes han seguido siendo hindúes; los chinos, chinos; los musulmanes, musulmanes. Ningunas transformaciones profundas, sobre el plano religioso menos que sobre los otros, y a pesar del esfuerzo gigantesco de las misiones cristianas. Muy raros son los casos de conversiones, y en ello casi siempre se puede sospechar de su sinceridad, a menos que se trate de simples de espíritu. Los blancos, a pesar de todo, les han llevado algo a esos pueblos, lo peor que hubiesen podido llevarles, las llagas de este mundo nuestro: el materialismo, el fanatismo, el alcoholismo y la sífilis. Respecto a lo demás, por que esos pueblos poseían algo propio superior a lo que les podíamos dar, han

permanecido siendo ellos mismos. Además, lo que se intentó por la fuerza produjo resultados todavía peores. La inteligencia nos ordenaría que nos abstuviésemos de emplear esfuerzos de esa naturaleza, cuando sabemos que resultarán vanos. Un solo éxito anotaremos al activo de los colonizadores: han suscitado el odio en todas partes. Ese odio que empuja a todos esos pueblos, que nosotros despertamos, a arrojarnos lejos de ellos. ¡Hasta parece que sólo se despertaron para tal cosa! ¡Que se me diga si la colonización ha hecho aumentar el número de cristianos en el mundo! ¿En dónde están las conversiones en multitud que constituyen el éxito del Islam? Veo, aquí y allá, isletas de cristianos, que lo son de nombre, más que de hecho. !He ahí todo el éxito de esa magnífica religión cristiana, detentadora de la verdad suprema!

Si consideramos bien todo, la política colonial de Europa se salda por un fracaso completo. Tengo en cuenta un éxito aparente, y eso desde el punto de vista material: quiero hablar de ese monstruo que lleva por nombre los Estados Unidos. ¡Y, verdaderamente, es un monstruo! En tanto que Europa -su madre- lucha desesperadamente para alejar de ella al peligro bolchevique, los Estados Unidos, guiados por ese judaizante de Roosevelt, no encuentran nada mejor por hacer sino poner toda su fabulosa potencia material al servicio de los bárbaros asiáticos que pretenden aplastarla. Por lo que toca a lo pasado, no podemos menos que expresar visible disgusto ante la idea de millones de buenos alemanes que se han expatriado a los Estados Unidos y que constituyen ahora la estructura misma de ese país. Pues bien, no tan sólo son alemanes perdidos para la madre patria; también se han convertido en enemigos; enemigos peores que los otros. El alemán expatriado; si conserva sus cualidades sobre un plano de seriedad y de trabajo, no tarda en perder su alma. ¡No hay nada más desnaturalizado que un alemán desnaturalizado!

Debemos de velar, en el porvenir, para que se impidan esas hemorragias de sangre alemana. Asimismo, hacia el este, siempre hacia el este, es hacia donde hemos de canalizar los desbordamientos de nuestra natalidad. Tal es la dirección indicada por la naturaleza para la expansión de los germanos. La dureza del clima que encuentran en esos lugares, les da a los nuestros la posibilidad de conservar sus cualidades de hombres duros. También les da, por efecto de las comparaciones que se imponen a su espíritu, la

nostalgia de la madre patria. Trasplantad a un alemán a Kiev; permanece un alemán perfecto. Trasplantadlo a Miami, y lo convertiréis en un degenerado absoluto: es decir, en un norteamericano.

Si la política colonial no es una vocación alemana, ésa sería una razón para que Alemania no se sienta solidaria de los países que practican dicha política, y para que se abstenga en toda circunstancia de otorgarles su apoyo para esos fines. Deberíamos imponerle a Europa una doctrina de Monroe aplicable a Europa: "¡Europa para los europeos! ". Y eso significaría que los europeos no intervengan en los asuntos de los otros continentes.

Los descendientes de los convictos de Australia nos deben inspirar una indiferencia total. Si su vitalidad es insuficiente para permitirles aumentar con ritmo apropiado la densidad de su población, que no se dirijan a nosotros. Por mi parte, no veo ningún inconveniente en que el vacío de su continente atraiga el exceso del Asia prolífica. Que se las entiendan entre sí. Repito , insisto en que no es asunto nuestro.

4

"Había que arrastrar a Franco a la guerra" - Hemos colaborado a pesar nuestro a la victoria de los curas españoles - Decadencia irremediable de los países latinos - Era preciso ocupar Gibraltar.

Cuartel General del Führer,
10 de febrero de 1945

Me he preguntado, a veces, si no cometimos un gran error cuando, en 1940, no hemos arrastrado a España a la guerra.

Bastaba una nada para empujarla; pues, en suma, ardía en deseos de entrar, en seguida de los italianos, en el club de los vencedores.

Franco, evidentemente, consideraba que su intervención valía un precio elevado. Sin embargo, pienso que, a despecho del sabotaje sistemático de su cuñado jesuítico, hubiese aceptado acompañarnos en nuestra empresa en condiciones razonables: la promesa de algún pedacito de Francia para la satisfacción de su orgullo, y un trozo substancial de Argelia para el interés material: Pero como España no podía aportarnos nada tangible, he juzgado que su intervención directa en el conflicto no era deseable. Por supuesto que ello nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Pero, por otra parte, constituía la certeza de añadirnos kilómetros de costas que defender sobre el Atlántico, desde San Sebastián hasta Cádiz. Y, suplementariamente, con esta consecuencia posible: la renovación de la guerra civil, suscitada por los ingleses. En esa forma, nos hubiésemos encontrado ligados a la vida y a la muerte de un régimen que, menos que nunca, goza de mi simpatía, ¡un régimen de acaparadores capitalistas maniobrados por la clerigalla! No le puedo perdonar a Franco el no haber sabido, en cuanto terminó la guerra civil, reconciliar a los españoles, el haber hecho a un lado a los falangistas, a quienes España debe la ayuda que le hemos prestado, y el haber tratado como a bandidos a los antiguos adversarios que estaban muy lejos de ser rojos todos. No es ninguna solución el poner fuera de la ley a la mitad de un país , mientras que una minoría de salteadores se enriquece a costa de todos . . . con la bendición del clero. Estoy seguro de que entre los presuntos rojos españoles había muy pocos comunistas. A nosotros nos han engañado, porque jamás hubiese yo aceptado, sabiendo de qué se trataba en realidad, que nuestros aviones sirvieran para aplastar a pobres muertos de hambre, y para restablecer en sus privilegios horribles a los curas españoles.

En suma, el mejor servicio que España podía prestarnos en este conflicto, ya nos lo ha prestado: obrar de modo que la Península Ibérica quedara excluida de él. Ya era bastante con arrastrar la bala de cañón italiana. Sean cuales fueren las cualidades del soldado español, España, en su estado de impreparación y de desamparo, nos habría estorbado considerablemente, en lugar de ayudarnos.

Pienso que esta guerra ha establecido por lo menos una cosa, a saber: la decadencia irremediable de los países latinos. Nos han demostrado definitivamente que no están comprendida ya dentro de la carrera, que están descalificados; y que carecen por completo del derecho de opinar en el arreglo de los asuntos del mundo.

Lo más sencillo hubiese sido ir a ocupar el peñón de Gibraltar por nuestros comandos, con la complicidad de Franco, pero sin entrada en la guerra por parte suya. De seguro que Inglaterra no le hubiese declarado la guerra a España tomando esa ocupación como pretexto. Se hubiera considerado más que complacida con que permaneciese fuera de la beligerancia. En cuanto a nosotros, eso nos evitaba el riesgo de un desembarque británico efectuado sobre las costas de Portugal.

5

El problema judío planteado de modo realista - El extranjero inasimilable - Una guerra típicamente judía - El fin del judío vergonzante y el advenimiento del judío glorioso - El antisemitismo no desaparecerá más que con los judíos - Contra los odios de raza - Fracaso del mestizaje - Justo orgullo de los prusianos - Aticismo de los austriacos - El tipo del alemán moderno - Hablando con propiedad, no hay ninguna raza judía - Superioridad del espíritu sobre la carne! - Yo he sido leal con respecto a los judíos.

Cuartel General del Führer,
13 de febrero de 1945

El mérito del nacional-socialismo consiste en que ha sido el primero en plantear el problema judío de modo realista.

Los judíos han suscitado siempre el antisemitismo. Los pueblos que no son judíos, en el transcurso de los siglos y desde los egipcios hasta nosotros, todos han reaccionado de la misma manera. Llega un momento en que se cansan de que los explote el judío abusivo. Resoplan y bufan como animales que se sacuden la gusanera. Reaccionan brutalmente; acaban por rebelarse. Trátase de una reacción instintiva. Es una reacción de xenofobia en relación con el extranjero que rehúsa adaptarse, fundirse; que se incrusta, que se impone y que nos explota. El judío es, por definición, el extranjero inadmisible y que además se niega a asimilar. Es lo que distingue al judío de los otros extranjeros: pretende tener, en nuestra casa, los derechos de un miembro de la comunidad, y continuar siendo judío. Considera como algo que se le debe esta posibilidad de jugar simultáneamente sobre los dos tapetes, y es el único en el mundo que reivindica un privilegio tan exorbitante.

El nacional-socialismo ha planteado el problema judío sobre el plan de los hechos, denunciando la voluntad de dominación de los judíos; iniciando ataques en contra de ellos sistemáticamente, en todos los dominios; eliminándolos de todas las posiciones usurpadas por ellos; persiguiéndolos por todas partes con la voluntad bien establecida de lavar al mundo alemán del veneno judío. Para nosotros se ha tratado de una cura de desintoxicación indispensable, llevada a cabo hasta el último límite, sin lo cual todos nosotros hubiéramos sido asfixiados y sumergidos.

Una vez que esta operación tuviera éxito en Alemania, contábamos con probabilidades de que se convirtiera en la mancha de aceite. Eso hubiese sido hasta fatal, porque resulta de toda normalidad que la salud triunfe de la enfermedad. Los judíos, desde luego, cobraron conciencia de tal riesgo, y tal es la razón por la cual se decidieron a jugarse el todo por el todo en la lucha a muerte que nos declararon a nosotros. Les era indispensable abatir al nacional-socialismo, sin importarles el precio que se pagara: aunque se destruyera el planeta. Nunca ninguna guerra ha sido tan típicamente judía como ésta; ni tampoco, tan exclusivamente, una guerra judía.

En todo caso, los he obligado a arrojar por tierra el antifaz. Y aun cuando nuestra empresa se salde por un fracaso, este mismo fracaso no podrá ser más que provisional. Por mi

parte, yo le habré abierto al mundo los ojos sobre la realidad judía.

Una de las consecuencias de nuestra actitud resulta ser que hemos vuelto agresivos a los judíos. Ahora bien , en esa forma serán menos peligrosos que bajo la apariencia de su estado hipócrita. Vale cien veces más el judío que confiesa su raza que el judío vergonzante que pretende no diferir de nosotros sino en la religión. Si yo gano esta guerra, le pongo un término a la potencia judía en el mundo, la hiero de muerte. Si pierdo esta guerra, tal cosa tampoco asegura su triunfo; porque ellos perderán la cabeza. Aumentarán su arrogancia a tal punto que provocarán, por ello mismo, el choque de retroceso. Continuarán, por supuesto y así está entendido, apostando en los dos tapetes, reivindicando en todos los países las ventajas de los nacionales, sin renunciar al orgullo de proseguir siendo, por añadidura, miembros de la raza elegida. Será el fin del judío vergonzante, al que reemplazará el judío glorioso -tan apestoso como el otro, ¡si no más!-. De modo que el antisemitismo no podrá desaparecer, supuesto que los mismos judíos lo alimentarán y reanimarán sin cesar. Sería necesario que desapareciese la causa, para que desapareciera la reacción de defensa. Podemos poner toda nuestra confianza en los judíos. ¡El antisemitismo no desaparecerá más ve con ellos!

Una vez que dijimos esto, fuera de todo sentimiento de odio racial, no sería de desearse para ninguna raza que se mezclase con otras razas. El mestizaje sistemático no ha dado nunca jamás buenos resultados, y eso sin negar algunos éxitos fortuitos. Prueba de vitalidad, prueba de salud por parte de una raza es el deseo de conservarse pura. A mayor abundamiento, es normal que cada uno experimente el orgullo de su raza, y ello no implica desprecio alguno con respecto a las otras. Yo no he pensado nunca que un chino o un japonés fuesen inferiores nuestros. Pertenecen a viejas civilizaciones, y acepto hasta que su pasado sea superior al nuestro. Les concedo toda la razón de sentirse orgullosos de él, como nosotros estamos orgullosos de la civilización a la cual pertenecernos. Llego hasta a pensar que; cuanto más orgullosos continúen siendo de su raza los chinos y los japoneses, con mayor facilidad me podré entender con ellos.

Este orgullo, basado sobre el hecho de pertenecer a una raza, no existe fundamentalmente en el alemán. Esto se

explica por estos tres últimos siglos de divisiones internas, por las guerras de religión, por las influencias extranjeras que ha resentido, por la influencia del cristianismo, porque el cristianismo no es una religión natural a los alemanes, es una religión importada y que no corresponde a su genio propio. El orgullo de la raza, en el alemán, cuando se manifiesta y adopta hasta un aire agresivo, no es más que una reacción compensadora del complejo de inferioridad que padecen muchos alemanes. Ni necesidad hay de explicar que eso no se aplica a los prusianos. Ellos, desde la época del gran Federico, han adquirido ese orgullo tranquilo y sencillo que es como el signo de las gentes que están seguras de sí mismas, y que son lo que son sin ostentación. Por el hecho mismo de las cualidades que les son propias, los prusianos eran capaces, y lo han demostrado, de realizar la unidad alemana. El nacional-socialismo ha intentado darles a todos los alemanes ese orgullo, de inculcárselo, y el cual constituía hasta ahora la característica de los prusianos únicamente.

Los austriacos llevan en la sangre un orgullo análogo al de los prusianos, nacido del hecho de que, durante siglos, no han sido dominados por otros pueblos, y que, por el contrario, hayan sido ellos los que durante un periodo muy largo conservaran el mando y a quienes se obedecía. Han acumulado la experiencia que otorga el dominio y el poder, y en eso es en donde necesitamos ver la razón del aticismo que nadie les disputa.

El nacional-socialismo fundirá en su crisol todas las particularidades del alma alemana. De allí saldrá el tipo del alemán moderno, trabajador, concienzudo, seguro de sí, pero sencillo, orgulloso, no de lo que representa a título individual, sino de que pertenece a un gran conjunto que provocará la admiración de los otros pueblos. Este sentimiento de superioridad, por el solo hecho de ser alemán, no implica ningún deseo de aplastamiento en relación con los otros. A veces, hemos exaltado ese sentimiento con cierta exageración; pero tal cosa era indispensable en función del punto de partida, y se necesitaba que empujáramos a los alemanes un poco brutalmente en la buena vía. Un exceso en un sentido provoca, casi siempre, un exceso del sentido contrario. Ello está en la naturaleza de las cosas. Todo lo cual, a mayor abundamiento, no se podría llevar a cabo en un solo día. Requiere el lento trabajo del tiempo. Federico el Grande es

el verdadero creador del tipo prusiano. En realidad, se han necesitado dos o tres generaciones para encarnar a ese tipo, para que el estilo prusiano se convierta en carácter propio de cada prusiano.

Nuestro racismo no es agresivo más que por lo que respecto a la raza judía. Hablamos de una raza judía por simple comodidad de lenguaje, porque no existe, si hemos de expresarnos de modo exacto, y desde el punto de vista de la genética, una raza judía. A pesar de todo, existe una realidad de hecho a la cual, sin el , menor titubeo, se le puede conceder esta denominación y la cual está admitida hasta por los mismos judíos. Trátase de la existencia de un grupo humano espiritualmente homogéneo, del cual los judíos de todas partes del mundo poseen la conciencia de formar parte, cualesquiera que sean los países cuyos ciudadanos sean desde el punto de vista administrativo. A ese grupo humano es al que llamamos la raza judía. Ahora bien, no se trata de ninguna manera de una comunidad religiosa, ni de un lazo constituido por pertenecer a una religión común, aun cuando la religión hebraica les sirva de pretexto.

La raza judía, antes que todo, es una raza mental. Aunque tenga por origen la religión hebraica, aunque haya sido en parte modelada por ella, no es, a pesar de ello, de esencia puramente religiosa; porque engloba dei mismo modo a los ateos determinados que a los practicantes sinceros. A lo anterior, hemos de añadirá el lazo constituido por las persecuciones padecidas en el curso de los siglos; pero acerca de las cuales los judíos olvidan siempre que ellos mismos son los que no han cesado de provocarlas. Antropológicamente, los judíos no reúnen los caracteres que harían ele ellos una raza única. Sin embargo, es indudable que cada judío conserva en sus venas algunas gotas de sangre específicamente judía. De otra manera, sería imposible: explicar la permanencia, en todos ella, de ciertas características físicas que les pertenecen por sello propio, y que hallamos invariablemente en tipos judaicos muy distintos; por ejemplo, en los polacos y en el judía marroquí: su nariz indecente, sus ventanillas viciosas, etc. Y esto no parece que se pueda explicar por la índole de villa, que llevan, siempre muy semejantes; de generación en generación, en los ghettos principalmente.

Una raza mental, he ahí algo mucho más sólido, mucho más durable, que . una raza, sin más ni más. Transplantemos a un alemán a los Estados Unidos, y lograremos hacer a un norteamericano. El judío, por dondequiera que vaya, permanece siendo un judío. Es un ser inasimilable por naturaleza. Y precisamente, este carácter mismo, el que lo convierte en impropio para la asimilación, es el que define su raza. ¡He ahí una prueba de la superioridad del espíritu sobre la carne!

Su ascensión relampagueante, en el transcurso del siglo xlx, les ha dado a los judíos el sentimiento de su poder, y los ha incitado a quitarse la careta. De esa roa riera, buena suerte para nosotros es el poderlos combatir en su calidad de judíos confesos y agresivamente orgullosos de serlo: Supuesta la credulidad del pueblo alemán; no podemos menos que felicitarnos de este acceso de sinceridad de parte de nuestros enemigos mortales.

Me he mostrado leal hacia los judíos; les di; en vísperas de la guerra, un último aviso. Les previne que, si precipitaban de nuevo al mundo a una guerra, no se les perdonaría en esta ocasión: que exterminaríamos definitivamente esa gusanera de Europa. A esta. advertencia mía contestaron con una declaración de guerra , afirmando que en dondequiera que hubiese un judío habría, por definición, un enemigo inexpiable de la Alemania nacional-socialista.

Hemos reventado si absceso judío, como a todos los otros. El mundo futuro nos quedará reconocido eternamente.

6

Demasiado temprano o demasiado tarde - El tiempo nos falta porque nos falta el espacia - Un estado revolucionario emprende una política de pequeño burgués - Equivocación respecto a la colaboración can Francia -

Debíamos haber emancipado al proletariado francés y liberado a las colonias francesas - Yo tenía toda la razón en *Mein Kampf*

Cuartel General del Führer,
14 de febrero de 1945

La fatalidad de esta guerra consiste en que para Alemania comenzó a la vez demasiado pronto y algo, también, demasiado tarde. Desde el punto de vista militar, nuestro interés radicaba en que principiase un año más pronto. Debí haber tomado la iniciativa en el 38, en lugar de dejármela imponer en 1939, supuesto que, de todos modos, era ineluctable. Pero no pude hacer nada, pues los ingleses y los franceses ¡aceptaron en Munich todas mis exigencias!

En lo que respecto a lo inmediato, fue un poco demasiado tarde 1. Pero, desde el punto de vista de nues-

1. A pesar de la claridad del texto, desde el punto de vista gramatical, resulta, desde el ideológico, un poco oscuro y amanerado. Pero la culpa sin duda es del mismo Hitler. (N. del T.)

tra preparación moral, fue demasiado pronto. No había tenido tiempo todavía para formar a los hombres de mi política. Hubiera necesitado veinte años para lograr la madurez de esa nueva *élite,* esa *élite* de jóvenes que se hubiesen bañado desde la infancia en la filosofía nacional-socialista. Nuestro drama, el nuestro, el de los alemanes, se condensa en que nunca tenemos tiempo. Todas las circunstancias nos aguijan. Y si el tiempo nos falta hasta ese punto, es porque, ante todo, nos falta el espacio. Los rusos, dentro de sus vastas extensiones, pueden permitirse el lujo de no apresurarse nunca. El tiempo trabaja para ellos. Trabaja contra nosotros. Por otra parte, aun en el caso de suponer que la Providencia me hubiese concedido una existencia personal lo bastante larga como para conducir a mi pueblo al grado de desarrollo necesario por la senda del nacional-socialismo, de seguro que los adversarios de Alemania no lo hubiesen permitido. Hubieran intentado destruirnos antes de que una Alemania, cimentada por una fe unánime, nacional-socialista de corazón y de espíritu, se hubiese convertido en invencible.

A defecto de hombres formados según nuestro ideal, ha sido preciso que nos sirviéramos de hombres tal como existían. ¡Y eso se ve en el resultado! Por el hecho mismo de ese divorcio entre la concepción y la realización, la política de guerra de un estado revolucionario como el Tercer Reich se convirtió, por la fuerza de las cosas, en una política de pequeños burgueses reaccionarios. Nuestros generales y nuestros diplomáticos, con algunas raras excepciones, son hombres de otros tiempos. Lo cual es verdadero tanto en los que nos sirven de buena voluntad como en los otros. Unos nos sirven mal, por incapacidad o por simple falta de entusiasmo; los otros por voluntad deliberada de sabotaje.

El error de nuestra política fue más completo en lo que respecto a Francia. No había por qué colaborar con ellos. Abetz se ha creído original convirtiéndose en el campeón de esta idea, y empujándonos por esa vía. Creíase muy avanzado de los hechos, y en realidad estaba retrasado. Se figuró que nos la teníamos que ver con la Francia de Napoleón; es decir, con una nación capaz de comprender y apreciar el alcance de un gesto noble. Omitió ver lo que sucede; es decir, que Francia, en el transcurso de cien años, ha cambiado de rostro. Se le ha transformado en el de una prostituta. Francia es una vieja puta que no ha cesado de engañarnos, de burlarse de nosotros y de chantajearnos.

Nuestro deber consistía en liberar a la clase obrera, en ayudarles a los obreros de Francia a que llevaran a cabo su revolución. Necesitábase zarandear implacablemente a una burguesía de fósiles, desprovista de alma como está desprovista de patriotismo. ¡He ahí a los amigos que nuestros genios de la Wilhelmstrasse nos han deparado en Francia, solamente pequeños calculistas, que se pusieron a amarnos mucho cuando concibieron la idea de que nosotros ocupábamos a su país para defenderles las cajas fuertes, y que estaban muy decididos a traicionarnos en cuanto se presentara la primera ocasión, con tal de poderlo hacer sin riesgos de ninguna clase!

Por lo que respecto a las colonias francesas, no hemos sido menos estúpidos. ¡Siempre la obra de nuestros genios de la Wilhelmstrasse! Diplomáticos de estilo clásico, militares del antiguo régimen, ennoblecidos, ¡he ahí a los auxiliares que teníamos para hacer una revolución a escala de Europa entera! Nos obligaron a conducir la guerra como si se

tratase del siglo xlx. A ningún precio debimos de jugar la carta francesa en contra de los pueblos que soportaban el yugo de Francia. Deberíamos, por el contrario, de ayudarlos a libertarse de esa tutela, y, en caso necesario, hasta de empujarlos en tal sentido. Nada nos impedía, en 1940, efectuar este gesto en el Cercano Oriente y en África del Norte. Pues bien, nuestra diplomacia se dedicó a consolidar el poder de los franceses lo mismo en Siria que en Túnez, en Argelia como en Marruecos. Nuestros *gentlemen* preferían, por supuesto, mantener relaciones con franceses distinguidos, más bien que con revolucionarios hirsutos; con oficiales de fuete en mano, que no pensaban más que en traicionarnos, y no con los árabes, que hubiesen sido nuestros compañeros leales. Vamos, el cálculo de esos maquiavelos de profesión no se me escapa. ¡Conocían su oficio; cuentan con tradiciones! No han pensado más que en la magnífica jugada que les hacían a los ingleses, porque todavía siguen pensando en el famoso antagonismo tradicional que oponen los franceses a los ingleses desde un punto de vista colonial. Es precisamente lo que yo decía: ¡se creen siempre bajo el reinado de Guillermo II, y en el mundo de la Reina Victoria, en el de los aguzados que se llamaban Delcassé y Poincaré! Ahora bien, tal antagonismo ha dejado de ser fundamental. Es más apariencia que realidad, y sólo porque entre nuestros adversarios también existen aún diplomáticos de la vieja escuela. En realidad, Inglaterra y Francia son asociados que juegan su juego personal con encarnizamiento, que no reculan jamás ante cualesquier malicias hechas a la amistad, pero que se reúnen siempre a la hora del peligro. El odio tenaz del francés con respecto al alemán tiene algo de sumamente profundo, algo diferente. Hay en ello para nosotros una gran lección que hemos de recordar.

De dos cosas, una representaba Francia. O bien abandonaba a su aliada, a Inglaterra, y, en ese caso, no presentaba ningún interés para nosotros más que como aliada eventual, porque es seguro que nos hubiese abandonado del mismo modo, a la primera ocasión. O bien, lo único que hacía era simular por agudeza y habilidad ese cambio de aliado, y entonces se presentaba a nuestra vista como más temible. Se han tenido, por parte nuestra, sueños absolutamente ridículos en lo tocante a ese país. No había en este asunto más que una fórmula verdaderamente deseable: adoptar, con respecto a Francia, una política de rigurosa desconfianza. Sí, sé que yo no me he equivocado en lo que

se refiere a Francia. Dije en *Mein Kampf* con verdadera clarividencia, lo que necesitábamos pensar. Y sé muy bien por qué, a pesar de cuantas solicitudes me pudieron hacer, no he aceptado nunca cambiar ni una tilde de mis conceptos de hace veinte años.

7

La decisión más grave de esta guerra - Ninguna posibilidad de paz con los ingleses, antes de haber aniquilado al ejército rojo - El tiempo trabaja en contra nuestra - El chantaje de Stalin - Arreglo de la cuenta rusa en los primeros días buenos.

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

Ninguna decisión más grave hube de tomar, en el curso de esta guerra, que la de atacar a Rusia. Siempre había estado diciendo que deberíamos de evitar la guerra en dos frentes, y ninguna persona puede dudar, por otra parte, que yo haya meditado más que nadie sobre la experiencia rusa de Napoleón. Entonces, ¿por qué esta guerra en contra de Rusia, y por qué en la fecha que escogí?

Ya habíamos perdido la esperanza de ponerle fin a la guerra con una invasión de éxito en Inglaterra. Ahora bien, este país, conducido por unos jefes estúpidos, se hubiera negado a aceptar nuestra hegemonía en Europa y a celebrar con nosotros una paz blanca; mientras hubiese subsistido en el continente una gran potencia fundamentalmente hostil Reich. La guerra debería entonces eternizarse, una guerra en la cual, tras los ingleses, los norteamericanos participarían cada vez con mayor actividad. La importancia del potencial representado por los Estados Unidos, el progreso incesante realizado en los armamentos - por nuestros adversarios al mismo tiempo que por nosotros-, la

proximidad de las costas inglesas, todo eso significaba que nosotros no podíamos empecinarnos, razonablemente, en una guerra de larga -duración. Porque el tiempo - ¡siernpre el tiempo! - debería encarnizarse cada vez más en contra nuestra. Para decidir a los ingleses a terminar, para obligarlos a concertar la paz, se necesitaba, pues, quitarles la esperanza de oponernos sobre el continente a un adversario de nuestra talla, o dicho con otras palabras; al ejército rojo. No teníamos en dónde escoger; para nosotros era una obligación ineluctable eliminar del tablero europeo al factor ruso. Para ello contábamos con otra razón, la segunda, tan valiosa como la anterior, y que podía bastar por sí misma: si inmenso peligro que Rusia representaba para nosotros por el simple hecho de existir. En efecto, era fatal que algún día nos atacara.

Nuestra probabilidad de vencer a Rusia, la única, consistía en tomarle la delantera, porque la idea de una guerra defensiva en contra de los rusos resultaba insostenible. Nosotros no podíamos ofrecerle al ejército rojo la ventaja del terreno; prestarle nuestras supercarreteras para el ímpetu de sus máquinas de guerra invasoras, nuestros caminos de hierro para transportar a sus tropas y su material. Podíamos vencerlos en su casa, habiendo tornado nosotros mismos la iniciativa de las operaciones, en sus cenagales y pantanos; pero no sobre el suelo de un país civilizado como el nuestro. No hubiera sido más que prepararles un trampolín para que saltaran sobre Europa y la arrasaran.

¿Por qué en 1941? Porque era preciso tardarnos lo menos posible, y tardar tanto menos cuanto que, en el oeste, nuestros adversarios no cesaban de acrecentar su potencia: Por otra parte, Stalin mismo no permanecía inactivo. Sobre los dos frentes, el tiempo trabajaba en contra nuestra. La pregunta no es, por lo tanto, "¿Por qué ya el 22 de junio de 1941?", sino "¿Por qué no más antes?". Sin las dificultades creadas por los italianos con su campaña idiota de Grecia, yo hubiese atacado a los rusos algunas semanas más pronto. El problema fue para nosotros el inmovilizarlos el mayor tiempo posible. Mi verdadera pesadilla, durante el curso de las últimas semanas, me la produjo el temor de que Stalin me tomase la delantera, privándome de la iniciativa.

Otra razón todavía era que las materias primas retenidas por los rusos nos eran absolutamente indispensables. A

pesar de sus compromisos, demoraban sus entregas cada vez más, y podían interrumpirse por completo de un dio al otro. Lo que iban a dejar de entregarnos de buena voluntad, era preciso que nosotros fuésemos a apoderarnos por nosotros mismos, y por la fuerza. Tomé mi decisión inmediatamente después de la visita de Molotov a Berlín, en noviembre, porque sabía desde entonces que, en un plazo más o menos breve, Stalin nos i.. abandonaría para pasarse a los del campo enemigo. ¿Ganar tiempo con el fin de estar mejor preparados? No, porque eso nos haría perder la iniciativa. Y, ¡no, todavía más!, porque el precario respiro que nos hubiéramos asegurado, habría sido necesario pagarlo excesivamente caro. Hubiera significado ceder al chantaje de los bolcheviques en lo que respecto a Finlandia, a Rumania, a Bulgaria y a Turquía. Ahora bien, ello estaba por completo fuera de la cuestión. No le correspondía como papel al Tercer Reich, defensor y protector de Europa, sacrificar a esos países amigos sobre el altar del comunismo. Semejante comportamiento nos hubiera deshonrado, y, por otra parte, hubiésemos recibido nuestro castigo por ese acto. Habría sido un cálculo muy miserable desde el punto de vista de la moral, así como del de la estrategia. Hiciéramos lo que hiciésemos , la guerra con Rusia no dejaba de presentarse como inevitable, y corríamos el riesgo suplementario de emprenderla en las condiciones más desastrosas.

Había decidido, inmediatamente después de la partida de Molotov, que les arreglaríamos las cuentas a los rusos en cuanto aparecieran los primeros días buenos y favorables.

8

Un pueblo que, por instinto, no gusta de las empresas coloniales - Luisiana y México.

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

Hemos faltado a nuestro deber y desconocido nuestros intereses al no liberar, desde 1940, al proletariado francés. Del mismo modo, al no liberar a los protectorados franceses de allende el mar.

El pueblo de Francia no nos hubiese tomado a mal, con seguridad, el que lo descargásemos del fardo del Imperio. En ese dominio, el pueblo de aquel país siempre ha manifestado mejor sentido común que sus supuestas *élites*. Mejor que sus *élites* posee el instinto del verdadero interés de la nación. Bajo Luis XV, al igual que bajo Jules Ferry, se ha rebelado en contra de lo absurdo de las empresas coloniales. Nunca he sabido que Napoleón hubiese sido impopular por haber negociado con la Luisiana. Como punto contrario, ¡sorprende el desafecto que se ganó su incapaz sobrino, por emprender una guerra en México!

9

Ciertos franceses fueron europeos valerosos
- El precio de 1a clarividencia y de la buena fe.

Cuartel General del Führer,
15 de febrero de 1945

Nunca he amado ni a Francia ni a los franceses, y , no he dejado de proclamarlo. Sin embargo, reconozco que hay entre ellos algunos hombres de valor. Resulta indudable, en el curso de estos últimos años, que muchos franceses han jugado con sinceridad completa y un gran valor la carta de Europa. Lo que prueba la buena fe de esos precursores, es el salvajismo con que sus propios compatriotas les han hecho pagar su clarividencia y su fe.

10

Uno de mis errores: mi amistad por lo que respecto a Italia - Nuestro aliado italiano nos ha molestado casi en todas partes - Una política equivocada en lo que concierne al Islam - Fracasos deshonrosos de los italianos - Los italianos han contribuido a hacernos perder la guerra - La vida no perdona nunca a la debilidad.

Cuartel General del Führer;
17 de febrero de 1945

Juzgando fríamente los acontecimientos, haciendo abstracción de todo sentimentalismo, debo reconocer que mi amistad indefectible hacia Italia y por el Duce podrían llevarse al debe de mi cuenta de errores. En efecto, es visible que la alianza italiana les ha prestado mayores servicios a nuestros enemigos que los prestados a nosotros mismos. La intervención de Italia, en realidad, no nos trajo más que una ayuda mínima en comparación con las dificultades numerosas que nos suscitó. ¡Contribuirá, si no la ganamos a pesar de todo, a hacernos perder la guerra!

El servicio más grande que Italia podía habernos prestado era permanecer alejada del conflicto. Esta abstención le hubiese valido, de nuestra parte, todos los sacrificios, todos los obsequios. Que se hubiera detenido en ese papel, y la habríamos colmado de favores. En caso de victoria, hubiésemos repartido con ella todas las ventajas y, además, la gloria. Hubiéramos colaborado, de todo corazón, a la creación del mito histórico de la supremacía de los italianos, hijos legítimos de los romanos. ¡Todo habría sido mejor y preferible y no tenerlos como combatientes a nuestro lado!

La intervención de Italia, en junio del 40, para darle la coz del asno a un ejército francés en licuefacción, tuvo como único efecto el de opacar una victoria que nuestros derrotados habían ya aceptado deportivamente. Francia

reconocía que los ejércitos del Reich la habían vencido; pero no deseaba haberlo sido por el Eje.

Nuestro aliado italiano nos ha obstaculizado casi en todas partes. Eso fue lo que nos impidió, en África del Norte, por ejemplo, iniciar una política revolucionaria. Por la tuerza de las cosas, ese espacio se convertía en una exclusiva italiana, y en realidad, con ese titulo lo reivindicó el Duce. Nosotros, solos, hubiésemos podido emancipar a los países musulmanes dominados por Francia. Y eso habría tenido una resonancia enorme en Egipto y en el Cercano Oriente, subyugados por los ingleses. Por haber ligado nuestra suerte a la de los italianos, tal cosa se tornó en algo imposible como política. Todo el Islam vibraba con el anuncio de nuestras victorias. Los egipcios, los iraquenses y el Cercano Oriente se encontraban listos a sublevarse, todos juntos. ¿Qué podíamos hacer para ayudarlos, para empujarlos, en caso indispensable, como hubiera sido - nuestro interés y nuestro deber? La presencia a nuestro lado de los italianos nos paralizaba, y creaba un malestar entre nuestros amigos del Islam, porque no veían en nosotros más que a cómplices, voluntarios o no, de sus opresores. Ahora bien, los italianos, en esas regiones, son más odiados todavía que los franceses y los ingleses. El recuerdo de las bárbaras represalias en aquellos países sigue aún viviente. Y, por otra parte, la pretensión ridícula del Duce de que se le considere como la *Espada del Islam* conserva el eco de la enorme carcajada burlona que provocó antes de la guerra. Este título, que conviene a Mahoma y a un gran conquistador como Omar, se lo hizo proclamar Mussolini por unos pobres diablos a quienes había pagado o aterrorizado. Había una estupenda política por emprenderse con respecto al Islam. ¡Se nos echó a perder!, como tantas otras cosas que se nos echaron a perder, ¡por fidelidad a la alianza italianal!

Los italianos, pues, sobre ese teatro de operaciones, nos han impedido jugar una de nuestras mejores cartas: la que consistía en emancipar a todos los protegidos franceses y en sublevar a los países oprimidos por los británicos. Dicha política hubiese despertado el entusiasmo en todo el Islam. En efecto, tal es una de las particularidades del mundo musulmán, que 1ó que toca a unos, para bien o para mal, lo resienten todos los otros, desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico.

En el plano moral, el efecto de nuestra política se convirtió en problema desastroso. Por una parte, hemos herido, sin ventaja alguna para nosotros, el amor propio de los franceses. Por la otra; eso nos ha obligado a mantener la dominación ejercida por ellos en su Imperio, debido al simple temor de que el contagio se extendiese al África del Norte italiano, y que ésta no reivindicase de igual manera su independencia. Puedo decir con toda razón que este resultado es desastroso porque, ahora, todos esos territorios se encuentran ocupados por los anglo-norteamericanos. Nuestra absurda política. hasta les permitió a los ingleses, ¡los hipócritas!, aparecer como libertadores en Siria, en la Cirenaica y Tripolitania.

Desde el punto de vista puramente militar, ¡vaya si eso deja de ser brillante! La entrada de Italia en la guerra les aseguró a nuestros adversarios, casi de manera inmediata, sus primeras victorias, lo que le permitió a Churchill reanimarles el valor a sus compatriotas, devolviéndoles las esperanzas a todos los anglófilos a través del mundo entero. Aunque incapaces ya de sostenerse en Abisinia y en la Cirenaica, los italianos tuvieron el aplomo, sin preguntarnos nuestra opinión y hasta sin avisárnoslo, de arrojarse a una campaña inútil en absoluto en contra de Grecia. Sus fracasos tan deshonrosos han suscitado, en contra nuestra, el odio burlón de ciertos balcánicos. En eso, y no en otra cosa, es en donde hay que buscar las causas de la resistencia de los yugoslavos, y la voltereta en la primavera de 1941. Y, por supuesto, ello nos condujo, en desacuerdo con todos nuestros proyectos, a intervenir en los Balcanes, de donde resultó el retardo catastrófico en el desencadenamiento de la guerra en contra de Rusia. En esos sitios mellamos algunas de nuestras mejores divisiones. Por último, nos obligó asimismo a ocupar territorios inmensos para los cuales, sin tal causa, no se hubiesen necesitado nuestras tropas. Los países balcánicos se hubiesen amurallado en una neutralidad benevolente hacia nosotros. En cuanto a nuestros paracaidistas, ¡hubiera preferido yo dejarlos caer sobre Gibraltar más bien que sobre Corinto o sobre Creta!

¡Ah, si los italianos se hubiesen mantenido alejados de la guerra! ¡Si hubieran permanecido en estado de no-beligerancia! Con el supuesto de la amistad y los intereses que nos ligan, ¡qué valor tan grande hubiese tenido su comportamiento para nosotros! Hasta los mismos Aliados

se habrían regocijado, porque, aun cuando no tuvieran una idea muy elevada de la potencia militar de Italia, no hubiesen podido creer en semejante debilidad por parte suya. Habrían considerado como una suerte estupenda neutralizar la fuerza que les atribuían. Pero, como tampoco podían tenerle mucha confianza, tal duda los hubiera obligado a inmovilizar cuerpos de tropas numerosísimos en sus cercanías, con la mira de atajar el riesgo de una intervención siempre amenazante, siempre posible, si es que no probable. Eso representaba para nosotros un gran número de soldados británicos inmovilizados, sin beneficiarse con ninguna experiencia de la guerra, ni con la de algunas victorias: en resumen, una especie de "guerra curiosa y extraña" que se habría prolongado para beneficio nuestro únicamente.

Una guerra que dura beneficia al adversario en la medida en que le permite aguerrirse. Siempre abrigué la esperanza de dirigir esta guerra sin darle al adversario ni la oportunidad, ni el tiempo de aprender nada en lo absoluto del arte de combatir. Tal fue el resultado que hemos obtenido en Polonia, en Escandinavia, en , Holanda, en Bélgica y en Francia: Victorias rápidas con pérdidas mínimas por una y otra parte; victorias netas y limpias, que llevaban consiga, sin embargo, el aniquilamiento de nuestros adversarios.

Si la guerra se hubiese quedado como guerra manejada por Alemania, y no por el Eje, habríamos podido atacar a Rusia desde el 15 de mayo de 1941. Fortalecidos por no tener en nuestro activo más que victorias totales e indiscutibles, podíamos terminar la campaña antes del invierno.¡Todo cambiaba!

Por reconocimiento (porque no puedo olvidar la actitud del Duce en el momento del Anschluss), siempre me he abstenido de criticar y de juzgar a Italia. Por el contrario, siempre me he dedicado a tratarla como a igual. Las leyes de la vida nos muestran desgraciadamente que es un error tratar de igual a igual a los que no son en realidad nuestros iguales. El Duce era mi igual. Quizás hasta me fuera superior desde el punto de vista de sus ambiciones con respecto a su pueblo. Pero lo que cuenta no son las ambiciones, sino las hechos. Nosotros, los alemanes, hemos de recordar siempre que, en casos semejantes, nos está mucho mejor la soledad. Nada tenemos que ganar y sí que

perder todo, ligándonos estrechamente con elementos débiles y escogiendo, a mayor abundamiento, socios que han suministrado pruebas frecuentes de su versatilidad. A menudo he manifestado que allí donde se encuentra Italia está la victoria. ¡Debería haber dicho que en donde se encuentra la victoria, allí exactamente encontramos a Italia!

Mi apego a la persona del Duce no ha cambiado, ni mi amistad instintiva por el pueblo italiano. Pero lamento mucho no haber escuchado a la razón que me ordenaba una amistad brutal con respecto a Italia. La debí haber manifestado, asimismo, en interés propio y personal del Duce como del de su pueblo. Sé con toda certeza que no me hubiese perdonado esta actitud; sé que me hubiera ofendido, ofuscado: Pero por causa de mi mansedumbre, ocurrieron cosas que no debieron haber pasado, cosas que no eran fatales. ¡La vida no perdona nunca a la debilidad!

11

Un pretexto a o para Roosevelt - Nada podía impedir la entrada en la guerra de los Estados Unidos - La obsesión del peligro amarillo - Solidaridad con los japoneses.

Cuartel General del Führer,
18 de febrero de 1945

La intervención del Japón en la guerra no oscurece en absoluto con sus sombras nuestro punto de vista, por más que sea evidente que los japoneses le hayan suministrado a Roosevelt, de esa manera, un pretexto para lanzar a los Estados Unidos en contra nuestra. Pero Roosevelt, empujado por la judería, se hallaba por completo decidido a entrar en la guerra para aniquilar al nacional-socialismo, y no tenía ninguna necesidad de que le suministrasen un pretexto. Cualesquier pretextos indispensables para vencer la resistencia de sus aislacionistas, él poseía toda la

capacidad para fabricarlos por sí mismo. Una falsedad más no lo hubiese molestado en lo más mínimo.

¡Seguro que la amplitud del desastre de Pearl Harbor sí que fue una estupenda suerte para él! Era exactamente lo que necesitaba para arrastrar a sus conciudadanos a la guerra total, y para aniquilar en su país la oposición de los últimos que resistieran. Hizo cuanto pudo para provocar a los japoneses. Fue una nueva edición, en una escala más vasta, de la maniobra que le produjo tan buen éxito a Wilson en el transcurso de la primera guerra mundial: el torpedeo del *Lusitania*, provocado diabólicamente, preparó el estado sicológico de los norteamericanos para entrar en la guerra en contra de Alemania. Si la intervención de los norteamericanos no pudo ser evitada en 1917, resulta obvio y evidente que veinticinco años más tarde dicha intervención se hallaba inscrita en la lógica de los acontecimientos. Era absolutamente ineluctable.

No fue sino hasta 1915 cuando la judería mundial decidió apostar a fondo y en total sobre los Aliados. Pero en nuestro caso, ya en 1933, desde el nacimiento del Tercer Reich, la misma judería nos declaró tácitamente la guerra: Ahora bien, la influencia de los judíos no ha hecho más que crecer en los Estados Unidos en el transcurso de este último cuarto de siglo. La entrada de los Estados Unidos en la guerra, siendo fatal, a nosotros nos tocó una suerte estupenda; inapreciable, el que del mismo golpe se alineara de nuestro lado un aliado del valor del Japón. También fue una suerte del mismo orden para los judíos. En ella encontraron ocasión, tan largamente esperada en su fuero interno, de implicar directamente a los Estados Unidos en su guerra; y lograrlo fue, en realidad, un golpe maestro por parte suya, obteniendo la unanimidad de los norteamericanos. Éstos, tras sus desilusiones de 1919, manifestaban muy pocos deseos de intervenir de nuevo en una guerra europea. Como desquite de ello, se encontraban como nunca obsesionados por la idea del peligro amarillo. Cuando algo se atribuye a los judíos, se les atribuye también a los ricos, y entonces se les puede atribuir los designios más maquiavélicos. En vista de lo ocurrido, estoy certísimo de que han visto muy lejos, y que previeron la posibilidad de que tina potencia de raza blanca fuese la que destruyera a ese Imperio del Sol Naciente, convertido ya en una potencia mundial, y desde antes y siempre refractario a su contaminación.

Para nosotros, el Japón será siempre un aliado y un amigo. Esta guerra nos habrá enseñado a estimarlo y a respetarlo cada vez más. Debería incitarnos a estrechar los lazos que nos unen con él. Mucho es de lamentarse que los japoneses no hubiesen entrado en guerra en contra de Rusia, y el mismo día que nosotros. Si ése hubiera sido el caso, los ejércitos de Stalin no sitiarían a Breslau en este momento, ni acampanan en Budapest. Hubiésemos liquidado al bolchevismo antes del invierno de 1941, y Roosevelt habría titubeado, con seguridad, para enfrentarse con adversarios de nuestra talla. Del mismo modo, podemos lamentarnos de que los japoneses no hubieran tomado a Singapur ya para 1940, inmediatamente después de la derrota de Francia. Los Estados Unidos, en vísperas de una elección presidencial, se habrían hallado en la imposibilidad de intervenir. También ese aspecto constituyó una encrucijada de la guerra, y de las decisivas.

A pesar de todo los japoneses y nosotros permanecemos absolutamente solidarios. Venceremos juntos, o desapareceremos juntos. En el caso de que nosotros desapareciéramos primero, ¡no alcanzo a ver bien a los rusos que continúen utilizando el mito de la "solidaridad asiática" en favor de los japoneses!

12

Hubiera sido preciso ocupar Gibraltar en 1940 - Debilidad congénita de los países latinos - Los ingleses engañados por Francia - Malas comprensiones con el Duce - La funesta campaña de Grecia.

Cuartel General del Führer,
20 de febrero de 1945

Debimos apoderarnos de Gibraltar en el estío de 1940, inmediatamente después del aniquilamiento de Francia,

aprovechándonos a la vez del entusiasmo que ` habíamos despertado en España y del choque resentido por Inglaterra.

Pero la dificultad, en ese momento, habría sido el impedirle a España que entrase en la guerra a nuestro lado, del mismo modo que, algunas semanas antes, nos fue imposible oponernos a que Italia volase en auxilio de nuestra victoria.

Estos países latinos no nos acarrean buena suerte. Su petulancia está en proporción directa con su debilidad, y eso descompone todo el juego. No logramos detener a los italianos en sus deseos de brillar sobre los campos de batalla. Y a pesar de todo, estábamos muy bien dispuestos a concederles un certificado de heroísmo y los beneficios de la gloria militar, así como todas las ventajas de una guerra ganada; pero, ¡bajo la única y sencilla condición de que no participasen en ella!

Por lo que respecto a los ingleses, a ellos su aliada latina los ha engañado aún más que a nosotros la nuestra. Resulta evidente, en efecto, que Chamberlain no hubiera entrado en la guerra si se hubiese dado cuenta del grado de descomposición en que se encontraba Francia. Porque ésta debería, en el espíritu de los ingleses, soportar todo el peso de la guerra terrestre en el continente. Nada era más fácil para Chamberlain , tras haber derramado algunas lágrimas de cocodrilo sobre la suerte de Polonia, dejar que a ese país lo destazaran en piezas.

Los países latinos acumulan la debilidad material con la presunción más ridícula. Que se trate de la Italia amiga o de la Francia enemiga, sus debilidades comunes a ambas nos habrán sido fatales de igual manera. Las únicas malas interpretaciones que hayan existido entre el Duce y yo han tenido por origen las precauciones que me vi obligado a veces a tomar. A pesar de la confianza total que tenga en él, necesité dejarlo ignorar mis intenciones cada vez que alguna indiscreción hubiese podido perjudicar nuestros proyectos. Si yo tenía confianza en Mussolini, él la ponía, y grande, en Ciano, el cual carecía de secretos para las mujeres hermosas que mariposeaban en torno suyo. Gestamos obligados a saberlo! En cuanto a nuestros adversarios, pagaban por saber tales cosas, y a causa de todo ello muchos secretos llegaban hasta nuestros oídos.

Contaba, pues, con magníficas razones para no decirle todo al Duce. Muy de lamentarse es que no lo haya comprendido así, y que, por el contrario, me lo hubiera tenido a mal y me pagara en la misma moneda.

Decididamente, ¡los latinos nos resultan unos cargantes! Mientras que me dirigía a Montoire para dar mi autorización a una política ridícula de colaboración con Francia; después, a Hendaya, para padecer el beso de un amigo traidor y falso, un tercer latino (y éste siendo mi amigo) se aprovechaba del hecho de que yo estuviera ocupado en otra parte para poner en movimiento su funesta campaña en contra de Grecia.

13

La necesidad de la paz para consolidar al Tercer Reich - El hombre abstracto y las doctrinas utopistas - El nacional-socialismo es una doctrina realista, valedera únicamente cara Alemania - La guerra, si hubiese estallado en 1938, habría sido una guerra localizada - Lo que hubiera pasado - Doble golpe para los occidentales.

Cuartel General del Führer,
21 de febrero de 1945

Nosotros teníamos necesidad de la paz para edificar nuestra obra. Yo siempre he querido la paz. Se nos ha aculado a la guerra, imponiéndonosla por la voluntad de nuestros adversarios. Y, virtualmente, la amenaza de guerra existía desde el mes de enero de 1933, después de la toma de posesión del poder.

Por una parte están los judíos, y todos aquéllos que , de modo espontáneo, les siguen los pasos. Por otra, los que adoptan en política una perspectiva realista de las cosas.

Eso representa en el mundo, durante todo el curso de la historia, a dos familias de espíritus absolutamente inconciliables.

Hay, de un lado, todos aquellos que desean la felicidad de un hombre abstracto, que persiguen la quimera de una fórmula de alcance universal. Del otro están los realistas. El partido nacional-socialista no se interesa más que por la humanidad alemana, sólo busca la felicidad del hombre alemán.

Los universalistas, los idealistas, los utopistas, apuntan demasiado alto. Al prometer un paraíso inaccesible, engañan a todo el mundo. Sea cual fuere su marbete, si toman el nombre de cristianos, de comunistas, de humanitarios; si son sinceros y estúpidos o manipuladores de hilos y cínicos, en realidad todos no son más que fabricantes de esclavos. Dentro del orden de las cosas posibles, yo siempre he concebido un paraíso a nuestro alcance. Y eso significa un mejoramiento de la suerte que le corresponda al pueblo alemán.

Me he limitado a prometer lo que podía cumplir , y abrigaba la intención de cumplir. Ésa es una de las razones del odio universal que me he concitado. A1 no proclamar ningunas promesas imposibles, como todos mis adversarios, faltaba a las reglas del juego. Me mantenía a distancia del sindicato de los conductores de pueblos cuya meta, tácita e inconfesable, es la explotación de la credulidad humana.

La doctrina nacional-socialista, lo he proclamado siempre, no es una doctrina de exportación. Fue concebida para el pueblo alemán. Toda empresa inspirada por el nacional-socialismo incluye necesariamente objetivos limitados y accesibles. No puedo, pues, creer ni en la paz indivisible ni en la guerra indivisible.

Fue en vísperas de Munich cuando me di cuenta , verdaderamente, de que los adversarios del Tercer Reich deseaban a toda costa despedazarnos y desollarnos, y que no existía ninguna posibilidad de transacción con ellos. Cuando el gran burgués capitalista de Chamberlain, armado de su paraguas engañoso, se molestó para venir a discutir en Berghof con este advenedizo de Hitler, ya bien sabía que nos iba a hacer una guerra sin cuartel. Estaba dispuesto a

decirme no importa qué, con la esperanza de adormecerme. Su solo y único objeto al emprender ese viaje, era el de ganar tiempo. En aquel momento, nuestro interés hubiera sido el de atacar nosotros primero y de inmediato. Nos era indispensable declarar la guerra en 1938. Era la última oportunidad para nosotros de obtener que se localizara la guerra.

Pero han dejado ir todas por una. Han cedido, como villanos, a todas nuestras exigencias. En esas condiciones, resultaba verdaderamente difícil tomar la iniciativa de las hostilidades. Se nos escapó en Munich una ocasión única de ganar fácilmente y con toda rapidez una guerra inevitable.

Aun cuando nosotros tampoco estuviésemos listos, si nos encontrábamos, a pesar de todo, mejor preparados que nuestros adversarios. En septiembre de 1938 fue la época menos desfavorable para atacar. ¡Y qué posibilidad de limitar el conflicto!

Debimos provocar entonces la explicación que se imponía por medio de las armas, y sin tener en cuenta las disposiciones en que se encontraban nuestras adversarios de cedernos en todo. A1 resolver por las armas el problema de los sudetes, liquidábamos a Checoslovaquia, dejándole toda la culpa a Benes. La solución de Munich no podía ser más que provisional, supuesto que es evidente que nosotros no podíamos tolerar en el corazón de Alemania el absceso que constituía la existencia, por pequeña que fuese, de una Checo independiente. Hemos reventado dicho absceso en marzo de 1939, pero en condiciones sicológicas más desfavorables que mediante las armas en 1938. Porque, . por primera vez; incurríamos nosotros en culpa a los ojos de la opinión pública mundial. Ya no nos limitábamos a anexar a un grupo de alemanes al Reich, sino que establecíamos un protectorado sobre una población no alemana.

La guerra, desencadenada en 1938, hubiera sido una guerra rápida, para la emancipación de los sudetes, de los eslovacos, de los húngaros y hasta de los polacos dominados por los checos. La Gran Bretaña y Francia, sorprendidas y desbordadas por el ritmo de los acontecimientos, habrían permanecido en pasividad, y ello con mayor razón cuanto que la opinión mundial se hubiera

puesto de nuestra parte. Por último, Polonia, principal apoyo de la política francesa en la Europa Oriental, hubiera estado de nuestro lado. La Gran Bretaña y Francia; al declararnos la guerra con ese motivo, hubiesen ' perdido fachada. Estoy seguro, en todo caso, que no la habrían declarado, lo que, de todos modos, no les hubiera impedido perder la cara. Habiendo hablado las armas, hubiésemos podido arreglar ulteriormente los otros problemas territoriales pendientes en Europa Oriental y en los Balcanes, sin provocar la intervención por parte de esos dos países, ya para entonces desacreditados a los ojos de sus protegidos. En lo que a nosotros se refiere, ganábamos de ese modo el tiempo necesario para consolidarnos, y retardábamos durante varios años la guerra mundial, por poco que se presentase como fatal.

Es posible pensar que, en el seno de las naciones bien provistas, la esclerosis y la gota de las comodidades se hubiesen sobrepuesto al odio congénito que alimentaban hacia nosotros, y eso con tanta mayor facilidad cuanto que se habrían percatado que, realmente, todas nuestras reivindicaciones iban orientadas hacia el este. Nuestros adversarios se hubieran hasta engañado a sí mismos con la esperanza de vernos agotar en esa clase de esfuerzos. De todas maneras, efectuaban así un doble golpe: se aseguraban la paz en el oeste, por una parte, y, por la otra, se beneficiaban con el debilitamiento de los rusos, cuya potencia en marcha constituía igualmente una preocupación para ellos, aunque en menor grado que la nuestra.

14

Drama de la guerra con la América - Contribución de los alemanes a la grandeza de los Estados Unidos - El fracaso del *New Deal* y la guerra - Posibilidades de coexistencia pacífica entre los Estados Unidos y Alemania - Los norteamericanos se volverán antisemitas - Roosevelt, ídolo

falso - Nada de política colonial; una gran política continental.

Cuartel General del Führer,
24 de febrero de 1945

Esta guerra con la América es un drama. Es ilógica carece de fundamentos reales.

Las casualidades de la historia son las que han querido, al mismo tiempo que yo tomaba el poder en Alemania, que Roosevelt, el hombre escogido por los judíos, haya asumido el mando en los Estados Unidos. Sin los judíos, y sin su hombre de trasmano y acción, ; todo hubiera podido ser diferente. Porque todo debería llevar a Alemania y a los Estados Unidos, si no a comprenderse y a simpatizarse, por lo menos a soportarse recíprocamente, sin que tal cosa exija esfuerzos especiales de su parte. Los alemanes, en efecto, han contribuido poderosamente a poblar la América del Norte. Nosotros somos quienes hemos llevado la aportación más grande de sangre nórdica a los Estados Unidos. Y es un hecho, asimismo, que Steuben representó un papel determinante en la guerra de Independencia.

La última gran crisis económica amagó a Alemania y a los Estados Unidos simultáneamente, por decirlo así, y con la misma brutalidad. Nos libramos de ella por medios muy semejantes en todo. La operación , aunque bastante difícil, fue un éxito por nuestra parte. Por cuanto a ellos, en donde resultaba extraordinariamente fácil de llevarse a cabo, obtuvo resultados mediocres en manos de Roosevelt y de sus consejeros judíos. El fracaso del *New Deal* entra con mucho en sus frenesíes guerreros. Los Estados Unidos podrían prácticamente vivir en economía autártica, y nuestros sueños propios serían lograrlo. Disponen, ellos, de un territorio inmenso que ofrece salidas simples a todas sus energías. Por lo que respecto a Alemania, esperamos poder asegurarle un día una independencia económica total, en un espacio que se ajuste a la medida de su potencial humano. Un gran pueblo tiene necesidad de un espacio grande.

Alemania no espera nada de los Estados Unidos, y éstos no tienen nada qué temer, en absoluto, de Alemania. Todo concuerda para que coexistamos, cada uno por sí, en perfecta armonía. Lo que nos echa a perder todo,

desdichadamente, es la judería mundial, que ha escogido aquel país para instalarse con su bastión más fuerte. Es eso, y únicamente eso, lo que trastorna nuestras relaciones y nos envenena todo por completo.

No les doy más de veinticinco años a los norteamericanos para que comprendan por sí mismos qué estorbo constituye para ellos esta judería parasitaria, pegada a su piel y que se nutre con su sangre. Esa judería es la que los arrastra a las aventuras que, en el fondo, no les importan, en donde se trata de intereses que no son los suyos. ¿Qué razones tendrían los norteamericanas que no son judíos, para compartir los odios de los judíos y para caminar como remolques suyos? Es fatal que, de aquí a un cuarto de siglo, los norteamericanos se conviertan en violentos antisemitas o, si no, los devorarán a ellos.

Si debemos perder esta guerra, eso significaría que los judíos nos han vencido. Su victoria, entonces, sería total. Me apresuro a añadir que no sería más que momentánea. En ese caso, de seguro que Europa no habrá de ser en donde se emprenda de nuevo la lucha en contra de ellos, sino ciertamente en los Estados Unidos. Se trata de un país joven aún, que no ha adquirido la madurez que la edad confiere, al que le falta el sentido político con exageración. Para los norteamericanos, todo ha sido, hasta hoy, escandalosamente fácil. Las experiencias y las dificultades los harán quizás madurar. ¿Qué eran en el momento en que nació su país? Individuos , llegados de todas partes; que se precipitaban a la conquista de la fortuna y que disponían, para mitigar su hambre, de un continente inmenso por roturar. Sólo muy poco a poco, sobre todo en espacios tan enormes, se llega a afirmar una conciencia nacional. Ahora bien, esta colección de individuos pertenecientes a todas las razas, todavía no enlazados entre ellos mismos por el cimiento de un espíritu nacional, ¡qué presa destinada para la rapacidad de los judíos!

Los excesos a que se han entregado en nuestra patria, y a los cuales el nacional-socialismo les puso término, no son nada si se les compara a los que se dedicarán y se dedican siempre en mayor escala, a lo ancho de su nuevo terreno para cacerías. Los norteamericanos no tardarán en percatarse de que han adorado en Roosevelt a un ídolo falso, y que, en realidad, este judaizante es un malhechor: del mismo modo desde el punto de vista de los Estados

Unidos que desde el de la humanidad entera. Los ha conducido por sendas que no son las suyas, y, particularmente, haciéndolos representar un papel activo en un conflicto que no les concierne para nada. Un mínimo de instinto político les hubiera inspirado la idea de permanecer en su aislamiento espléndido, de no representar en este conflicto más que un papel de árbitros. Con un poco de madurez y un poco más de experiencia, hubiesen comprendido, sin ninguna duda, que su principal interés era parapetarse, frente a una Europa desgarrada, en una neutralidad vigilante. Interviniendo, se han hundido todavía más bajo el peso de sus explotadores judíos. Éstos sí que conocen al mundo y saben perfectamente lo que hacen; pero sólo desde su punto de vista particular de judíos.

El presidente de los Estados Unidos, durante este periodo crucial, si el destino hubiese querido que fuera otro y no Roosevelt, habría podido ser un hombre capaz de adaptar la economía norteamericana a las necesidades del siglo xx, y de convertirse en el presidente más grande después de Lincoln. La crisis de 1930 no fue más que una crisis de crecimiento, pero a escala mundial. El liberalismo económico demostraba que no era más que una fórmula anticuada. Bastaba, habiendo comprendido la significación de esta crisis y de su alcance, con hallarle los remedios apropiados. He ahí el papel al cual se hubiera limitado un gran presidente de los Estados Unidos, y que le hubiera valido una situación sin par en el tablero de ajedrez del mundo. No cabe la menor duda de que debió interesar a sus compatriotas en los grandes problemas internacionales, abrirles los ojos sobre lo que ocurre en este planeta; pero meterlos en la baraúnda como lo hizo ese criminal de Roosevelt , ¡era una locura! Éste ha abusado cínicamente de su ignorancia, de su ingenuidad, de su credulidad. Les ha hecho ver el mundo a través de la óptica judía, y los ha arrastrado sobre una vía que les será fatal, si no se recuperan a tiempo.

Los asuntos de los norteamericanos no son de los que a nosotros nos importen, y lo que pudiera sucederles me dejaría por completo indiferente, si su comportamiento no tuviese una repercusión directa sobre nuestro destino y sobre el de Europa.

Otra particularidad que hubiera podido acercarnos a los Estados Unidos, es que ni ellos ni nosotros tenemos una

política colonial. Los alemanes no han tenido nunca, verdaderamente, la vocación imperialista. Yo considero las tentativas de fines del siglo XIX como un accidente en nuestra historia. Nuestra derrota de 1918 habrá resultado, por lo menos, en la consecuencia feliz de detenernos en ese camino fatal, en el cual los alemanes se dejaban influir, de manera muy tonta, por el ejemplo de los franceses y de los ingleses, celosos de sus éxitos, de cuyo cortísimo plazo se encontraban ignorantes.

Esa justicia hemos de rendirle al Tercer Reich: que no ha sentido la nostalgia de ese pasado abolido ya. Por el contrario, se volvió resuelta y valerosamente hacia el porvenir, hacia la constitución de grandes conjuntos homogéneos, hacia una gran política continental. Ahora bien, la verdadera tradición de los norteamericanos es semejante del todo: nada de mezclarse en los asuntos de los otros continentes, y prohibirles a los demás que se entrometan en los negocios del Nuevo Mundo.

15

A los alemanes el tiempo los aguija inevitablemente - Los rusos cuentan con todo el tiempo como suyo - Un pueblo con un basado trágico - Ni la obra de un hombre, ni la de una generación - Los alemanes no han cesado de luchar por su existencia.

Cuartel General del Führer,
25 de febrero de 1945

Es un hecho y una realidad que nosotros echamos a perder todo siempre por la necesidad en que nos encontramos de obrar con rapidez. Ahora bien, obrar con rapidez, en nuestro caso, es obrar con precipitación. Para tener el don de la paciencia, necesitaríamos tambíen el tiempo y el espacio, y no disponemos del uno ni del otro. Los rusos

cuentan con la suerte de disfrutar de uno y otro, sin hablar de la predisposición a la pasividad, que es el signo, la marca del temperamento eslavo.

Luego, por encima de todo y gracias a la religión marxista, tienen todo lo que se necesita para hacer que un pueblo sea paciente. Prometen la felicidad sobre la tierra (lo cual distingue a la religión marxista de la religión cristiana), pero en lo futuro. El judío Mardoqueo Marx, como buen judío, aguardaba al Mesías. Ha transpuesto al Mesías en el materialismo histórico, colocando la felicidad terrestre al término de una evolución casi sin fin. La felicidad está a vuestro alcance, os prometen; pero es preciso que dejéis que se concluya la evolución , sin apresurarla. Con un truquito como ése, ¡se domina a los hombres! Lo que Lenin no tuvo el tiempo de llevar a cabo, a Stalin le toca el turno de ocuparse de ello, lv así los siguientes! El marxismo es muy fuertes , mas, ¿qué pensar del cristianismo, otro hijo del judaísmo, que, por su parte, puede permitirse el lujo de conceder la dicha a sus fieles en el otro mundo? ¡Eso es mucho más fuerte, incomparablemente!

Yo, yo soy el prisionero de esa fatalidad que debo terminar durante el tiempo de una vida cortísima. Lo único que tengo a mi servicio es una ideología realista , suspendida de unos hechos tangibles, tributaria de ciertas promesas que deben encarnarse, y que me impide prometer la luna y las estrellas. Allí, en donde los otros disponen de la eternidad, yo apenas cuento con unos cuantos años. Ellos saben que tendrán sucesores que se encargarán de su obra en el punto exacto en donde la hubieren dejado; que ahondarán con el mismo arado en el mismo surco. Por lo que a mí respecto, estoy todavía preguntándome si, entre mis sucesores inmediatos , se encontrará un hombre predestinado para recoger la antorcha que se me habrá escapado de las manos.

La otra fatalidad, para mi, consiste en estar al servicio de un pueblo con un pasado trágico, tan inestable como el pueblo alemán, tan versátil, y que pasa, según las circunstancias, de un extremo al otro con una facilidad desconcertante. El ideal, en mi caso, hubiera sido asegurar, desde un principio, la existencia del pueblo alemán; formar, en seguida, a una juventud profundamente nacional-socialista; después . . . , dejarles a las generaciones futuras la tarea de la guerra inevitable, por poco que la potencia adquirida para entonces por el pueblo alemán, no hubiese

hecho retroceder a nuestros adversarios. De ese modo, Alemania hubiera estado preparada, material y moralmente. Hubiera dispuesto dé una administración, de una diplomacia y de un ejército formados desde la infancia según nuestros principiase La obra qué yo emprendí para promover al pueblo alemán al sitio que le correspondía y le era debido, no podrá desgraciadamente ser la obra de un solo hombre, ni siquiera de una sola generación. Sea como fuere, le he dado la noción de su grandeza y le he infundido el sentimiento exaltante de la reunión de todos los alemanes en el seno de un gran Reich indestructible. He sembrado la buena semilla. Le he hecho comprender, al pueblo alemán, la significación de la lucha que sostiene por su existencia.

Nada podrá impedir que esta cosecha no se levante en un dio próximo. Alemania es, en verdad, un pueblo joven y fuerte. Es un pueblo que tiene todo su porvenir ante él.

16

Churchill no ha sabido comprender - Lo irreparable podía evitarse - Obligación de atacar a los rusos, con el fin de prevenir su ataque - Los italianos nos impidieron entrar en campaña en tiempo útil - Consecuencias catastróficas de nuestro retardo - Ilusión de un entendimiento posible con Stalin.

Cuartel General del Führer,
26 de febrero de 1945

En suma, mi decisión de arreglarle las cuentas a Rusia se tomó desde el instante en que se me impuso la convicción de que Inglaterra se obcecaría. Churchill no ha sabido apreciar el deportismo de que di pruebas evitando el crear lo irreparable entre los ingleses y nosotros. En efecto, hemos evitado aniquilarlos en Dunkerque. Hubiese sido preciso poderles hacer comprender que la aceptación, por

ellos, de la hegemonía alemana sobre el continente, a la cual se habían opuesto ellos siempre y que yo acababa de realizar sin dolor; produciría para ellos las consecuencias más favorables.

Fue ya para el £m de julio, precisamente un mes después del anonadamiento de Francia, cuando me percaté de que la paz se nos escapaba una vez más. Algunas semanas más tarde, bien sabía yo que no tendríamos éxito en invadir a la Gran Bretaña, antes de las tempestades del equinoccio, a causa de que no nos habíamos podido asegurar de golpe el dominio del cielo. Por lo tanto, sabía que no lograríamos nunca invadir a la Gran Bretaña.

La actitud de los soviéticos durante el verano de 1940, el hecho de que hubiesen absorbido a los países bálticos y la Besarabia mientras nosotros nos encontrábamos ocupados en el oeste, no me dejaba ninguna ilusión en lo que respecto a sus designios. Aun suponiendo que hubiese conservado alguna, la visita de Molotov, en noviembre, habría bastado para disiparla. Las proposiciones que me presentó Stalin, tras el regreso de su ministro, no podían engañarme. Stalin, ese imperturbable chantajeador, quería simplemente ganar tiempo y consolidar sus bases de partida en Finlandia y en los Balcanes. Trataba de jugar con nosotros como el gato con los ratones.

El drama para mí radicaba en la imposibilidad de atacar antes del 15 de mayo; y, de todos modos, para lograr éxito desde el primer golpe, hubiera sido preciso no emprender la guerra más tarde. Pero Stalin pudo haber desencadenado mucho antes tal guerra. Con ese motivo, durante todo el invierno y, particularmente, desde la primavera de 1941, viví con la obsesión de que los rusos no me fuesen a ganar con la iniciativa. En efecto, las derrotas italianas en Albania y en la Cirenaica habían provocado un huracán de rebeliones en los Balcanes, lesionando, aunque indirectamente, la fe que entonces tenían en nuestra invencibilidad tanto nuestros enemigos como nuestros amigos.

Ninguna otra causa existe para el cambio de frente de Yugoslavia, lo cual nos obligó a enzarzar en la guerra a los Balcanes. Pues bien, eso era precisamente lo que yo, a no importa qué precio, me había esforzado por evitar. Una vez comprometidos en ese camino, hubiésemos podido

sentirnos tentados de seguir más adelante. Queda por dicho que, en la primavera de 1941, sólo una muy pequeña parte de las fuerzas que íbamos a lanzar sobre Rusia nos hubiera permitido liberar rápidamente al Cercano Oriente. Pero el peligro consistía en que, al alejarnos hasta ese punto de nuestras bases, les dábamos a los rusos, indirectamente, la señal de atacarnos. Lo hubiesen hecho en el transcurso del verano, o, cuando muy tarde, en otoño, y en condiciones tan desastrosas para nosotros que nos arrebataban toda esperanza de obtener la victoria.

Los soviéticos tienen la paciencia del elefante cuando se trata de democracias enjudiadas. Saben que, fatalmente, con un plazo más o menos corto y sin recurrir a la guerra, llegarán a dominarlas: a causa de sus contradicciones internas, a causa de las crisis económicas de que no podrían escaparse, a causa de su permeabilidad a la intoxicación marxista. Pero también saben que, cuando se trata del Tercer Reich, no sucede lo mismo. Saben que, en todos los dominios, y más aún en la paz y no en la guerra, nosotros los sobrepasamos en categoría de clase, j en todo!

La paciencia de los soviéticos se explica por la filosofía que practican; la cual les permite evitar los riesgos y esperar el tiempo propicio que necesitan para realizar sus designios: un año, una generación, un siglo si fuese indispensable. El tiempo no les cuesta nada. El marxismo les promete, en efecto, a los esclavos que subyuga, el paraíso terrestre; pero no para hoy, ni para mañana; simplemente para un futuro indeterminado.

A pesar de esta paciencia, que significa el origen de ,su fuerza, los soviéticos no hubiesen podido, de ninguna manera, asistir impasibles a la liquidación de Inglaterra; porque entonces se arriesgaban a encontrarse solos frente a frente con nosotros, permaneciendo neutrales los Estados Unidos y el Japón. Y ello representaba para ellos la certidumbre de que, a la hora y en el terreno escogido *por nosotros,* les hubiéramos arreglado , con ventaja *para nosotros,* la cuenta antigua que todavía está pendiente *entre nosotros.* Si hube de tomar la decisión de terminar por las armas con el bolchevismo, y eso precisamente el dio del aniversario de la firma del pacto de Moscú, tengo el derecho de pensar que Stalin había tomado una decisión análoga con respecto a nosotros, aun hasta antes de firmar dicho pacto.

Durante todo un año, alimenté la esperanza de que un entendimiento sincero, si no amigable, podía establecerse entre la Rusia de Stalin y el Tercer Reich. Me imaginaba que, después de quince años de poder, el realista de Stalin se hubiese desembarazado de la brumosa ideología marxista, y que no la conservaría más que como un veneno reservado exclusivamente para el uso externo. El modo brutal con que decapitó al alto mando judío, que le había prestado el servicio de apresurar la descomposición del imperio de los zares, podía darle alas a nuestra. esperanza. Yo pensaba que él no deseaba permitirle a esos intelectuales judíos que provocaran del mismo modo la descomposición del imperio totalitario que había sido su obra, ese imperio staliniano que no era en el fondo más que el heredero espiritual del de Pedro el Grande.

Por una parte y por otra, con un espíritu implacable de realismo, ambos hubiésemos podido crear las condiciones de un entendimiento durable: delimitando exactamente las zonas de influencia atribuibles a cada uno, limitando rigurosamente nuestra colaboración al dominio económico y, de tal suerte, que cada uno de nosotros recibiera una ventaja, un beneficio. Un entendimiento, en suma, ¡con los ojos muy bien abiertos y con el dedo en el gatillo!

17

La última oportunidad de Europa - Napoleón y la conquista de la paz - Los tormentas de Napoleón y los míos - Inglaterra siempre al través de nuestro camino - Las que viven de las divisiones de Europa.

Cuartel General del Führer,
26 de febrero de 1945

Yo he representado la última probabilidad de Europa. Europa no podía hacerse a resultas de una reforma decidida voluntariamente. No podía ser conquistada por los halagos y la persuasión. Había que violarla para poseerla.

Europa no puede construirse más que sobre ruinas. No sobre ruinas materiales, sino sobre la ruina conjunta de los intereses privados, de las coaliciones económicas; sobre la ruina de las ideas estrechas, de los particularismos anticuados y del estúpido espíritu de campanario. Hay que hacer a Europa en interés de todos y sin consideración de personas. Napoleón lo había comprendido perfectamente bien.

Estoy en posibilidad de imaginarme, mejor que nadie, lo que fueron los tormentos de Napoleón, obsesionado por la conquista de la paz y obligado a continuar la guerra sin cesar, con la eterna esperanza de obtenerla por fin. En el estío de 1940, padecí los mismos tormentos. Siempre esa misma Inglaterra que se atraviesa en medio de los intereses del continete. Se ha envejecido y se ha debilitado. Lo único que ha logrado es convertirse en más malvada y más viciosa. Por último la apoyan, en esta acción negativa y contra natura, los Estados Unidos inspirados, a su vez, y excitados por toda esa judería internacional que ha vivido y que espera continuar viviendo de nuestras disensiones.

18

Una derrota que sólo puede ser total - Imagen del Reich descuartizado por sus vencedores - Una Alemania de transición - Resurrección de la Alemania. eterna - Una regla de conducta para las almas fieles - El primer pueblo del continente - Inglaterra e Italia si... - Una Francia legendaria y fatalmente enemiga - En espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos y africanos - Los Estados Unidos y Rusia frente a frente - Una Rusia desembarazada del marxismo - Caducidad del coloso norteamericano - El derecho de los pueblos hambreados - Las oportunidades de supervivencia para un pueblo valeroso.

Cuartel General del Führer,
2 de abril de 1945

Si hemos de ser vencidos en esta guerra, no se puede tratar para nosotros más que de una derrota total. Nuestros adversarios, en efecto, han clarineado sus metas, de modo que sepamos que no hemos de abrigar ningunas ilusiones con respecto a sus intenciones. Que se trate de los judíos, de los bolchevistas rusos o de la manada de chacales que gañen tras ellos, sabemos que no depondrán las armas sino hasta después de habernos destruido, aniquilado, pulverizado junto con la Alemania nacional-socialista. Por lo demás, resulta fatal que un combate desdichado, en una guerra como ésta, en la que se enfrentan dos ideologías tan contrarias, tenga por conclusión una derrota total. Es una lucha que debe continuarse, por una parte y por la otra, hasta el agotamiento; y sabemos, en lo que a nosotros respecto, que combatiremos hasta la victoria o hasta la última gota de sangre.

Este pensamiento es muy cruel. Me imagino con horror a nuestro Reich descuartizado por sus vencedores; nuestras poblaciones entregadas a los desbordamientos de los salvajes bolcheviques y de los *gangsters* norteamericanos. Esta perspectiva no me quita para nada la fe invencible que tengo en el porvenir del pueblo alemán. Cuanto más suframos, ¡más será esplendente la resurrección de la Alemania eterna! Una vez más nos servirá la particularidad que tiene el alma alemana de entrar en un letargo, cuando su afirmación amenaza la existencia misma de la nación. Pero, yo personalmente, yo no soportaré vivir en esa Alemania de transición que vendrá tras nuestro III Reich vencido. Lo que hemos conocido en 1918, como ignominia y traición, no sería nada en comparación de lo que necesitaremos imaginarnos. ¿Cómo concebir que, después de doce años de nacional-socialismo, tal eventualidad podría producirse? ¿Cómo concebir que el pueblo alemán, privado en lo adelante de la *élite* que lo ha conducido a las cimas del heroísmo, pudiera revolcarse en el fango, durante años y años?

¿Qué palabra a la orden del día en ese casos ¿Qué regla de conducta para los que conserven su alma in quebrantablemente fiel? Replegado en sí mismo, adolorido,

sin vivir más que en vela, el pueblo alemán debería esforzarse por respetar espontáneamente las leyes raciales que nosotros le hemos dado. En un mundo que se encontrará cada vez más pervertido por el veneno judío, un pueblo, inmunizado contra ese veneno, debiera terminar por salir avante. Desde ese punto de vista, el hecho de haber eliminado a los judíos de Alemania y de la Europa Central permanecerá como un título de reconocimiento durable por lo que toca al nacional-socialismo. La segunda preocupación debe consistir en el mantenimiento de la unión indisoluble entre todos los alemanes. Cuando todos estamos reunidos es cuando nuestras cualidades florecen: cuando cesamos de ser prusianos, bávaros, austriacos o renanos para no ser más que alemanes. Los prusianos, tomando la iniciativa de reunir a los alemanes en el Reich de Bismark, han permitido a nuestro pueblo que se afirmara, en el espacio de algunos decenios, como el primero de los pueblos del continente. Yo mismo, al unirlos a todos en el III Reich nacional-socialista, hice de ellos los constructores de Europa. Suceda lo que hubiere de suceder, los alemanes no deben olvidar nunca que lo esencial para ellos será eliminar siempre cualesquier elementos de discordia entre ellos, y buscar con una perseverancia infatigable lo que tienda a unificarlos.

Por lo que se refiere al extranjero, es imposible establecer reglas rígidas, porque los términos del problema cambian constantemente. Hace veinte años escribía yo que en Europa no hay más que dos aliados posibles para Alemania: Inglaterra e Italia. La manera en que el mundo ha evolucionado en el transcurso de este periodo, no ha permitido encarnar en los hechos la política que, lógicamente, hubiese debido nacer de esta comprobación. Si los ingleses conservaban aún la potencia imperial, ya no tenían las cualidades morales necesarias para conservar su imperio. Aparentemente, dominaban al mundo. En realidad, ellos mismos estaban dominados por la judería. Italia, por su parte, había reanudado las ambiciones de Roma. Poseía las ambiciones, pero sin las otras características: un alma templada con fortaleza y la potencia material. Su solo triunfo en el juego consiatía en ser dirigida por un romano verdadero. ¡Qué drama para ese hombre! ¡Y qué drama para ese país! Para los pueblos, del mismo modo que para los hombres, es trágico tener ambiciones privadas del soporte material indispensable, privadas hasta por lo menos de la posibilidad de crear dicho apoyo.

Queda Francia. Escribí hace veinte años lo que pensaba de ella. Francia permanece como enemiga mortal del pueblo alemán. Su delicuescencia y sus crisis de nervios han podido, a veces, llevarnos a convertir en mínima la importancia de sus gestos. Aunque siguiera volviéndose cada vez más débil, lo cual está dentro del orden de las probabilidades, tal cosa no debe cambiar en nada nuestra desconfianza. La potencia militar de Francia no es ya más que apenas un recuerdo, y es muy cierto que, desde ese punto de vista, no nos inquietará nunca jamás. Esta guerra, sea cual fuere su resultado, tendrá por lo menos el mérito de hacer pasar a Francia al rango de potencia de quinto orden. Sin embargo, si continúa siendo peligrosa para nosotros, será por su potencial ilimitado de corrupción y por su arte de practicar el chantaje. Así, pues, ¡desconfianza y vigilancia! ¡Que los alemanes se cuiden mucho de jamás dejarse adormecer por esa sirena!

Si no podemos, en lo relativo al extranjero, regirnos por principios rígidos, porque siempre hay lugar de adaptarnos a las circunstancias, cierto es en todo caso que Alemania reclutará continuamente a sus amigos más seguros entre los pueblos fundamentalmente resistentes al contagio judío. Estoy persuadido de que los japoneses, los chinos y los pueblos regidos por el Islam, estarán siempre más cerca de nosotros que Francia, por ejemplo, a pesar del parentesco de la sangre que corre en nuestras venas. La desdicha quiere que Francia haya degenerado en el transcurso de los siglos y que sus *élites* fueran subvertidas por el espíritu judío. Eso ha tomado tales proporciones que resulta irreparable. Francia está condenada a hacer una política judía.

En caso de la derrota del Reich, y en espera del encumbramiento de los nacionalismos asiáticos, africanos y, quizás, sudamericanos, no quedarán en el mundo más que dos potencias capaces de enfrentarse con validez: los Estados Unidos y la Rusia soviética. Las leyes de la historia y de la geografía condenan a estas dos potencias a medirse una con otra, bien sea sobre un plano militar, o bien simplemente sobre el plano económico e ideológico. Esas mismas leyes los condenan a ser los adversarios de Europa. Una y otra de estas dos potencias tendrán necesariamente el deseo, a plazo más o menos corto, de asegurarse el apoyo del único gran pueblo europeo que subsistirá después de la guerra: el pueblo alemán. Lo proclamo con toda la fuerza

de que soy capaz: es indispensable que, a ningún precio, los alemanes acepten representar el papel de un peón en el juego de los norteamericanos o de los rusos.

Es difícil dictaminar en este momento qué puede ser lo más pernicioso para nosotros; en un plano ideológico, entre el americanismo judaizante y el bolchevismo. Los rusos, en efecto, por la fuerza de los acontecimientos, pueden desprenderse por completo del marxismo judío; para no encarnar más que el eterna paneslavismo, en su expresión más feroz y más salvaje. En cuanto a los norteamericanos, si no logran sacudirse rápidamente el yugo de los judíos neoyorkinos (que tienen la inteligencia del mono chango que asierra la rama del árbol sobre la cual está encaramado), pues bien, no tardarán en hundirse, aun antes de haber llegado a la edad de la razón. El hecho de que en ellos se junten tanta potencia material con tanta caducidad de espíritu, evoca la imagen de un niño que padece gigantismo. Podemos preguntarnos si, en su caso, se trata de una civilización enana, destinada a deshacerse con tanta rápidez como la que le tomó formarse.

Si la América del Norte no tiene éxito en construirse una doctrina un poco menos pueril que la que por ahora le sirve de *passepartout, a* base de grandes principios huecos y de la ciencia que le dicen cristiana, podernos preguntarnos si seguirá siendo por mucho tiempo un continente en los que los blancos predominen. Así se habría demostrado que ese coloso de pies de barro apenas era capaz, después de un ascenso como flecha, de trabajar en su autodestrucción. ¡Qué magnífico pretexto para los pueblos de raza amarilla ese derrumbamiento súbito! Desde el punto de vista del derecho y de la historia, tendrían exactamente los mismos argumentos (o la misma ausencia de argumentos) que tenían los europeos del siglo xvl, para invadir a este continente. Sus muchedumbres prolíficas y mal alimentadas les conferirían el único derecho que reconocen los historiadores, el derecho que tienen los hambrientos de calmar su hambre: ¡con la condición de que ese derecho esté apoyado por la fuerza!

De lo que deducimos que, en este mundo cruel en el que nos han hundido dos grandes guerras, es muy evidente que los únicos pueblos blancos que tengan probabilidades de sobrevivir y de prosperar serán los que saben sufrir y que guardan el valor de luchar, aun sin esperanzas, hasta la

muerte. A estas cualidades, sólo podrán pretender los pueblos que hubieren sido capaces de extirpar por sí mismos el veneno mortal judío.